

PARADIGMAS LIMITANTES



OSVALDO REBOLLEDA

PARADIGMAS LIMITANTES



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Salir del frasco.....	11
Capítulo dos:	
Paradigmas Heredados.....	25
Capítulo tres:	
Paradigmas de Incredulidad.....	42
Capítulo cuatro:	
Paradigmas de Religiosidad.....	55
Capítulo cinco:	
Paradigmas de Temor.....	66
Capítulo seis:	
Paradigmas de Orgullo.....	79

Capítulo siete:

Rompiendo los Paradigmas Limitantes.....112

Conclusión Final.....117

Reconocimientos.....128

Sobre el autor.....130



INTRODUCCIÓN

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Romanos 12:2

En este versículo se encuentra una de las verdades más profundas y revolucionarias de la vida del Reino. La transformación de pecadores en reyes comienza con la vida que recibimos en Cristo y se expande a través de la mente. No basta con cambiar hábitos o emociones mediante nuevas ideas. El evangelio es mucho más que simples conceptos bíblicos o buenas intenciones.

No es suficiente asistir a la iglesia o servir en un ministerio. Si la mente no es transformada por la revelación, la vida espiritual quedará estancada, haciéndonos girar de culto en culto, tal como los hebreos en el desierto, sin entrar en las profundidades de las riquezas de Cristo.

Lamentablemente, esa es la realidad que enfrentan muchos hijos de Dios en la actualidad. Aman al Señor, desean servirle, pero están atrapados en paradigmas limitantes que sabotean su crecimiento espiritual, emocional, relacional y ministerial. Es cierto que pueden perseverar, e

indudablemente son salvos, pero no logran acceder a mayores dimensiones del Reino.

El apóstol Pablo nos advierte que no debemos conformarnos, es decir, adaptarnos, asumir como normal o quedarnos estancados en la forma de pensar que domina este mundo. ¿Y cuál es esa forma de pensar? Es un sistema basado en el miedo, la duda, la autosuficiencia, el ego, la comparación, la mediocridad, la incredulidad y la desconfianza hacia Dios. En otras palabras, es un sistema impregnado por la esencia de las tinieblas.

Esa forma de pensar no solo está presente en el mundo secular, sino que muchas veces ha contaminado también la vida de los creyentes. No basta con haber nacido de nuevo; si seguimos pensando con los esquemas del viejo hombre, no podremos expandirnos. Este libro es un desafío a salir del frasco de las ideas impuestas y avanzar con libertad conquistadora.

Los paradigmas limitantes son estructuras mentales que intentan gobernarnos, impidiéndonos avanzar, crecer, creer, obedecer, soltar, soñar o conquistar lo que Dios tiene preparado para nuestras vidas. Son pensamientos profundamente arraigados que nos fueron transmitidos por nuestra cultura, nuestra familia, nuestras experiencias, nuestras heridas o incluso, por la iglesia en la que congregamos.

Son frases que se repiten en silencio dentro de nosotros: “Eso no es para mí...”, “No voy a poder...”, “No tengo lo que se necesita para triunfar...”, “Dios hace milagros, pero no conmigo...”, “Ese sueño es demasiado grande para mí, debo ser realista...”, “Mejor no me arriesgo porque puedo perderlo todo...”, “Sí, yo sé lo que Dios dice, pero deben entender mi situación...”, etc.

Estas ideas no parecen graves a primera vista. Algunas incluso suenan prudentes, humildes o piadosas. Pero cuando las analizamos a la luz de la Palabra, descubrimos que se oponen a la verdad de Dios. Son fortalezas mentales que impiden que el Reino se manifieste en nuestras vidas. Porque la voluntad de Dios es buena y real, pero solo se experimenta cuando la mente es renovada por la impartición del Espíritu Santo.

La renovación de la mente es, por tanto, un requisito para la transformación que proviene del Espíritu. Si no cambiamos la forma en que pensamos, nunca cambiaremos la forma en que vivimos. Muchos cristianos oran por un cambio de vida, pero no permiten que Dios toque su manera de pensar.

Algunos hermanos llevan años repitiendo patrones mentales heredados: patrones de temor, de escasez, de victimismo, de religiosidad, de culpa, de autoimagen dañada. Luego se preguntan por qué no experimentan la plenitud del Reino de Dios en su día a día. Es que el Reino solo se puede

vivir con la mente de Cristo, y este material nos ayudará a conectar con esa virtud gloriosa.

En realidad, este libro es una invitación, y también un parámetro de confrontación, para que podamos revisar lo que verdaderamente se esconde en nuestra mente. La idea es quitar la tapa del frasco que pretende contenernos, observando el mundo con temor, y salir a la libertad a la que Cristo nos ha llamado (**Gálatas 5:13**). No se trata de leer teorías, sino de permitir que la luz de la Palabra penetre en las habitaciones oscuras de nuestra mente.

Vamos a identificar juntos aquellos paradigmas que nos han limitado por años. Algunos son evidentes. Otros están tan arraigados que parecen parte de nuestra personalidad. Pero todos, absolutamente todos, pueden ser derribados cuando se enfrentan con la verdad. El apóstol Pablo también escribió:

“Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:4 y 5

Dios nos ha dado armas para destruir fortalezas mentales, y en este libro pretendo alentarlos a que las usen. La Palabra revelada, la fe, la oración, la autoridad espiritual, la vida del Cuerpo y la identidad en Cristo son armas

poderosas para transformarnos. No pretendo ofrecer fórmulas mágicas ni promesas vacías, pero sí creo firmemente que el Espíritu Santo anhela llevarnos a un nuevo nivel de libertad interior.

El Señor quiere renovar nuestro entendimiento para que podamos comprobar, vivir, experimentar y disfrutar lo que Él ha diseñado para nosotros desde antes de la fundación del mundo. Él no desea una multitud de practicantes religiosos, sino reyes que se atrevan a manifestar la plenitud de Su Reino.

Las preguntas iniciales serían: ¿Estamos dispuestos a dejar que Dios cuestione nuestros pensamientos más arraigados? ¿En verdad somos capaces de soltar paradigmas que nos han acompañado por décadas, aunque sintamos que son parte de nuestro ser? ¿Realmente nos animamos a creer que hay más de lo que hemos vivido hasta ahora?

Bueno, este libro es para aquellos que están cansados de conformarse, para quienes se han agotado de la preservación evangélica dentro de la seguridad de un frasco institucional. Es para los que sospechan, en lo profundo de su alma, que hay una vida más libre, más plena, más poderosa en Cristo, y que esa vida se detona con una mente gobernada por Él. Estoy convencido de que este libro será de tremenda bendición para todos los que sienten que, de una forma u otra, se han estancado espiritualmente.

Es para los que entienden que la verdadera batalla no está afuera, sino dentro de nuestro ser. Y que, si vencemos allí, seremos verdaderamente libres. Los invito a comenzar este recorrido con un corazón abierto, con una mente dispuesta y con una oración sincera:

“Señor, renueva nuestro entendimiento. Derriba toda mentira que hayamos creído en el pasado o incluso dentro de la misma Iglesia. Enséñanos a pensar como Tú piensas, para vivir como Tú quieres... Que este libro nos ayude a identificar nuestras falencias y nos provea herramientas para trabajar para el cambio en el poder de Tu Espíritu. Que podamos salir de todo paradigma limitante para pensar como reyes, y vivir en el poder de Tu Reino... Te lo pedimos en el nombre de Jesús... Amén”



Capítulo uno

SALIR DEL FRASCO

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.”

2 Corintios 10:4 y 5

“Salir del frasco” es una expresión coloquial que se usa para describir el acto de liberarse de una situación, sentimiento o estado de ánimo que limita o aprisiona. Puede referirse a salir de una zona de confort, superar dificultades emocionales o romper con patrones negativos. En esencia, implica un proceso de transformación personal y crecimiento. En nuestro caso, lo consideraremos como salir de las limitaciones de los pensamientos erróneos, por medio de la libertad que Dios nos propone a través de Su Palabra.

Lo primero que debemos comprender es que este desafío hacia nuevas dimensiones no es algo fácil de concretar. Por el contrario, es como librar una gran batalla que no todos se atreven a enfrentar. El campo de esa batalla

no es el lugar donde enfrentamos circunstancias externas, sino el espacio interior donde debemos combatir la hostilidad de los pensamientos limitantes.

Es allí, en la mente, donde se juegan las victorias y las derrotas más importantes. Podemos tener una fe sincera, un corazón deseoso de agradar a Dios, y aun así vivir atados a pensamientos que nos impiden avanzar. Podemos cantar en la iglesia, servir con fidelidad, orar cada día... y, sin embargo, seguir cautivos en estructuras mentales que contradicen la verdad del Evangelio del Reino.

El apóstol Pablo comprendía esta lucha con claridad y urgencia. No bastaba con predicar a Cristo; era necesario llevar a los creyentes a renovar su entendimiento. Por eso escribió con fuerza espiritual que las armas que Dios nos ha dado no son humanas, sino poderosas en Él para destruir fortalezas.

Los tiempos han cambiado mucho, y las fortalezas que operaban en los cristianos del primer siglo seguramente no tienen exactamente que ver con las nuestras, pero el principio es el mismo. Cuando hablamos de la Iglesia pionera, no podemos más que admirar su fe, su pasión y su implacable devoción. Sin embargo, sería absurdo pensar que ellos no enfrentaron grandes batallas mentales.

Consideremos, en primer lugar, que los renacidos del primer siglo tenían a los apóstoles como referencia, pero eran una mezcla de personas que venían del judaísmo y de un gran

número de gentiles. Los primeros tenían conocimiento bíblico, aunque filtrado por las estructuras de la Ley. El segundo grupo estaba compuesto por personas sin conocimiento bíblico y, en muchos casos, dominadas por ideas provenientes de una cultura pagana e idólatra.

Ellos fueron llenos del Espíritu Santo y, en la medida de lo posible, recibían enseñanzas de los más entendidos. Pero no tenían la Biblia impresa como la tenemos hoy, ni materiales capaces de edificarlos, y muchos ni siquiera accedían a las cartas de Pablo para comprender con claridad la dimensión del Nuevo Pacto.

De pronto, muchos de ellos, aún inmaduros en la fe, tuvieron que enfrentar la persecución del Estado y de todo su poder militar. Se convertían al cristianismo, pero sus vidas no mejoraban en bienestar ni en beneficios naturales. Por el contrario, se convertían en el blanco de una feroz hostilidad. ¿Ustedes creen que eso no les generaba un gran conflicto interior?

Algunos piensan en ellos, o en los apóstoles, como si fueran personas que no tenían ninguna duda interior, que andaban por ahí cantando y deseando morir para dar testimonio del poder de Dios. Amados hermanos, ellos eran igual que nosotros, solo que vivieron en otra época. ¿Acaso creen que no sufrían, que no lloraban o que no dudaban cuando eran encarcelados, torturados y asesinados? ¿Acaso creen que no hubo un verdadero tormento en la mente de

hombres y mujeres que lo perdían todo, incluyendo a sus hijos, por la causa de Cristo?

Personalmente, creo que no deberíamos idealizarlos, quitando el dramatismo a lo que realmente vivieron. Imaginarlos como personas emocionalmente frías, que se aferraban a sus hijos diciendo: *“Sí... mátennos, queremos dar testimonio de Jesucristo. Llévennos al circo romano, tortúrennos, enciendan las hogueras; total, un instante después estaremos ante nuestro Señor...”* es absurdo.

Ellos se han deshecho en dolor y tristeza al ver a sus hijos en manos del poder romano. Han llorado mirando al cielo y, seguramente, han dudado muchas veces de lo que estaban haciendo, por no obtener respuestas claras. No tenían referencias bíblicas completas y Dios, muchas veces, guardaba silencio. Por eso Pablo les escribió, enseñándoles que debían batallar contra esas ideas ajenas al propósito divino.

Pregunto: ¿No cambia totalmente el cuadro de situación cuando pensamos en este contexto al leer las cartas de Pablo? No estoy sugiriendo que hoy no debamos enfrentar paradigmas peligrosos, pero deseo echar un manto de realidad sobre los dichos del apóstol y el contexto del siglo XXI. Hoy en día veo a hermanos peleando con fortalezas mentales absurdas, porque cualquier malestar pone en jaque su propósito.

Conozco a hermanos extraordinarios en la fe, personas a las que ciertamente admiro por su abnegación. Sin embargo, también debo reconocer que conozco a otros hermanos que, por actividades organizadas por sus líderes, por formas litúrgicas, por una mala contestación, o por un traspié familiar, laboral, económico o físico, simplemente critican, se apartan y pueden pasar años sin volver a congregarse.

Muchos interpretan esta enseñanza del apóstol Pablo como si las armas de nuestra milicia, que ciertamente son poderosas, fueran para enfrentar al diablo. Pero en realidad, son armas para derribar fortalezas, argumentos y altiveces que operan en nuestra mente. Esto no implica que el diablo no exista, pero no hay dudas de que, aun viviendo en Cristo, nuestro mayor enemigo puede estar operando dentro de nosotros mismos.

Nuestra vieja naturaleza nunca deja de ser un problema. Despojarnos de ella no solo demanda armas poderosas en Dios, sino también una espada de doble filo, capaz de penetrarnos hasta partir el alma, las coyunturas y los tuétanos, para discernir los pensamientos y las intenciones del corazón **(Hebreos 4:12)**. ¿O acaso creen que el Señor pretende penetrar el corazón del diablo para ver qué hay allí?

Cuando Pablo enseñaba sobre las batallas internas, no se estaba refiriendo a demonios flotando en el aire, ni a enemigos visibles con espadas y lanzas, sino a argumentos mentales, pensamientos altivos, razonamientos que se

levantan en oposición al conocimiento de Dios. Pensamientos que se disfrazan de lógica, de prudencia, de tradición, de humildad... pero que, en el fondo, son trampas sutiles que nos alejan del propósito eterno.

Cada pensamiento que no se somete a Cristo puede convertirse en una fortaleza. Y una fortaleza no se destruye con buenas intenciones, sino con la verdad revelada ante cada situación. Hay personas que oran por libertad, pero no se dan cuenta de que están sujetas, no a una atadura externa, sino a un pensamiento arraigado que les impide avanzar.

Palabras dichas en la infancia, experiencias traumáticas, doctrinas mal enseñadas, rechazos vividos en la adolescencia, modelos familiares marcados por la carencia o el temor... todo eso puede levantar estructuras mentales que luego rigen nuestra forma de vernos, de ver a Dios y de interpretar el mundo que nos rodea.

En ocasiones, esas fortalezas son tan antiguas que se confunden con la identidad: “Yo soy así”, “así me enseñaron”, “esto siempre fue así en mi casa”. Lo que comenzó como una experiencia o una idea aislada puede transformarse con el tiempo, en un patrón de pensamiento. Y ese patrón puede volverse un límite invisible, como un frasco de vidrio que pretende contenernos atrapados en nosotros mismos.

Las barreras mentales existen, y lamentablemente son las que definen la vida de muchos hermanos. Son las que les

dicen hasta dónde creen que pueden llegar, qué merecen recibir, qué son capaces de lograr o si realmente son dignos del favor de Dios. Esto puede ser tan fuerte y perverso, que más allá de toda Palabra impartida por Dios, esas estructuras suelen anular el avance hacia la bendición otorgada.

Paradójicamente, muchos creyentes que han sido libertados por Cristo en el espíritu, siguen atrapados en los límites de su mente. La sangre de Jesús nos abrió la puerta del Reino, y el velo se rasgó dándonos paso a las dimensiones espirituales; pero muchos no han podido salir del frasco compuesto por sus propios pensamientos.

Hablan del poder de Dios, pero se sienten incapaces. Escuchan las promesas, pero no las creen para sí mismos. Sirven con fidelidad, pero viven sintiendo que nunca serán suficientes. Predican que Dios sana, restaura y prospera, pero no logran aplicar esa verdad a su propia historia. Y así, generación tras generación, aunque la cultura cambie radicalmente, los paradigmas limitantes se perpetúan en los hijos de Dios, impidiendo que la Iglesia pueda brillar como Dios lo desea (**Filipenses 2:15**).

Dios no quiere que vivamos atados a una manera de pensar heredada, dañada o distorsionada. Él no vino a hacer una reforma externa, sino una transformación interna a partir de una nueva vida. Por eso, en **Romanos 12:2**, el apóstol exhorta con claridad: ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.”***

Allí está el secreto: no se trata de ajustar comportamientos, sino de renovar el pensamiento a través de la vida de Cristo que opera en nuestro interior. La transformación del creyente no empieza en la conducta, sino primeramente en la naturaleza; luego esa vida es la que va formateando nuestra mente conforme a la mente de Cristo. Todo lo que somos, hacemos o esperamos está atravesado por cómo pensamos. Si no cambiamos lo que creemos internamente, no veremos cambios verdaderos externamente.

Si alguien pretende cambiar su mente y su conducta sin haber recibido la gracia de la vida en Cristo, lo único que hará será practicar una religión. El Reino viene a nosotros por medio de la vida, y la vida es Cristo (**1 Juan 5:12**). Luego, es esa vida la que nos lleva a la libertad, y lo hace por medio de Su esencia, que no es otra cosa que la verdad (**Juan 14:6**).

La renovación de la mente no es una tarea superficial. No se trata simplemente de pensar en positivo o de repetir frases bonitas. Es un trabajo profundo del Espíritu Santo que comienza cuando nos atrevemos a confrontar nuestras ideas más antiguas y evaluarlas a la luz de la Palabra. ¿Qué pensamientos rigen nuestras decisiones? ¿Qué ideas nos detienen cada vez que intentamos avanzar? ¿Cuáles son las frases que se repiten en nuestra mente y que nos hacen dudar de Dios o de nosotros mismos?

La batalla en la mente es real, pero también lo es la victoria que Cristo ganó en la cruz. Él nos ha dado Su Espíritu para guiarnos a toda verdad (**Juan 16:13**). Y la verdad no

solo libera del pecado, también libera de la mentira. Hay pensamientos que no son pecados graves, pero que siguen impregnados de un dejo de mentira. Y no es cosa liviana olvidar que el padre de la mentira es nada menos que Satanás **(Juan 8:44)**.

Mentiras como: “No voy a poder cambiar”, “Siempre le fallo a Dios”, “Eso no es para mí”, “Dios no puede usarme hasta que yo no cambie”, “Si lo vuelvo a intentar, seguramente fallaré...”, “Los grandes sueños no son para mí...”, “Mejor no me voy a hacer muchas ilusiones para no frustrarme”. Todas esas ideas, en algún momento, pueden sonar lógicas o incluso humildes, pero lo cierto es que ninguna refleja una mentalidad de Reino.

Cuando aceptamos pensamientos que contradicen la verdad de Dios, estamos cediendo territorio. Estamos rindiendo zonas de nuestra alma al enemigo, y lo estamos haciendo sin pelear. Por eso es urgente aprender a discernir qué pensamiento viene del cielo, cuál proviene de nuestra carne y cuál es una trampa disfrazada. No todo lo que pensamos es verdad. No todo lo que sentimos es correcto.

La mente no se gobierna sola: necesita ser guiada, instruida, transformada y purificada por el Señor. No debemos olvidar que antes de recibir la gracia de la regeneración, éramos enemigos de Dios en nuestra mente **(Colosenses 1:21)**. No podemos asumir que, desde que recibimos la gracia, esa enemistad mental se esfumó sobrenaturalmente. Debemos ser conscientes de que todavía

somos barro, y que nuestra alma está en pleno proceso de redención.

La buena noticia es que no estamos solos en esta batalla. Dios nos ha provisto de Su Palabra viva, que penetra hasta partir el alma y el espíritu, y que nos permite discernir los pensamientos y las intenciones del corazón **(Hebreos 4:12)**. Nos ha dado al Espíritu Santo como maestro interior. Nos ha provisto de armas poderosas para destruir argumentos y toda altivez. Y nos ha dado una nueva identidad en Cristo que no se define por lo que hemos vivido, sino por lo que Él hizo en la cruz del Calvario. Solo debemos atrevernos a creer y salir del frasco mental que nos limita.

El Reino de Dios comienza a manifestarse en una vida cuando la unción está operativa, cuando la mente comienza a rendirse a la verdad. Cuando los hijos de Dios comenzamos a pensar como Cristo piensa, a ver las cosas desde la óptica del cielo, a filtrar nuestras ideas a través de la Palabra, entonces todo comienza a cambiar.

Las fortalezas empiezan a debilitarse, las mentiras pierden poder, la fe se activa y los límites se desdibujan. Lo que parecía imposible se vuelve alcanzable. Lo que parecía fijo, comienza a moverse. Lo que por años nos detuvo, se derrumba ante la luz de la verdad.

El enemigo no tiene miedo de lo que sentimos, pero tiembla cuando empezamos a pensar correctamente, porque una mente renovada es peligrosa para el reino de las tinieblas.

El enemigo no le teme a un evangélico que se congrega todos los domingos creyendo que eso es todo en la vida cristiana. Tampoco le teme a los grandes teólogos que avanzan solo por el camino de la letra.

Pero créanme: ciertamente le teme a todo hijo de Dios que guarda una profunda y sincera comunión con el Espíritu Santo, y que, a través de esa comunión, cultiva una genuina mentalidad de Reino. Una mente renovada es una mente libre. Y una mente libre es un instrumento poderoso en las manos de Dios.

Este primer capítulo no busca otorgar respuestas fáciles, sino abrir la puerta a una nueva conciencia. A partir de aquí, comenzaremos un proceso. Un viaje hacia el interior de nuestra mente. Una revisión espiritual que puede ser incómoda, pero que al final traerá libertad. Porque todo lo que Dios quiere hacer con nosotros, primero tiene que pasar por nuestra mente. Y si nuestra mente es transformada, nuestra vida también lo será.

La foto de tapa utilizada en este libro puede resultar incómoda o asfixiante para quienes padecen sensaciones claustrofóbicas, porque a nadie le gustaría estar en una situación de encierro semejante. Sin embargo, esa imagen no es más que una figura que pretende ilustrar las limitaciones mentales que pueden llegar a contenernos. Y en tal caso, puedo asegurar que millones de personas se sienten absolutamente cómodas y seguras dentro de ese encierro personal.

Los elementos envasados en un frasco pueden ser preservados o protegidos del medio ambiente que los rodea, pero, al mismo tiempo, permanecen inútiles hasta que no son extraídos para su utilización. Un ser humano no puede sobrevivir en un frasco, pero, entendiendo esta figura, debemos escoger: o sentirnos protegidos del entorno que nos rodea, o salir del frasco para ser usados por el Señor, avanzando hacia la conquista de todo lo que Él tiene preparado para los que le aman.

Salir del frasco es salir de la comodidad; es atreverse a creer, tal como lo hizo Noé en sus días, construyendo un arca en el desierto por haberle creído a Dios, ignorando las posibilidades humanas o climáticas de esa época. Tal vez le hubiera sido más cómodo quedarse en su casa, ignorando la propuesta divina, pero la aceptación del desafío lo llevó no solo a salvar a su familia, sino también a preservar a la humanidad y a las especies animales para una nueva oportunidad.

En ocasiones, tal vez ignoramos la trascendencia que puede tener nuestra obediencia, si es que nos atrevemos a salir de la comodidad y seguridad que aparenta el frasco de nuestros paradigmas limitantes. Sin embargo, si nos atrevemos a creer, Dios se glorificará, y no solo sorprenderá a nuestro entorno, sino que podremos trascender en la eternidad.

Entiendo que puede no resultar fácil para muchos, pero la invitación del Señor ya está hecha. Él nos concedió una

vida victoriosa a través de su sacrificio en la cruz, pero depende de nosotros caminar continuamente como vencedores. Consideremos que, mediante la cruz, el enemigo fue vencido, y que las únicas batallas que ahora debemos librar son las que se producen en nuestra mente.

Jesús nos otorgó la victoria sobre las tinieblas, sobre la enfermedad, sobre la escasez, sobre la mediocridad y sobre toda estrategia de las tinieblas. Ahora nos corresponde a nosotros creer que somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó (**Romanos 8:37**). Cada día debemos caminar con la premisa de saber que tenemos seguridad en Cristo, y que salir del frasco de nuestros paradigmas limitantes es el diseño de la fe.

Debemos tener presente cada mañana que Jesucristo no murió para que vivamos en derrota, sino para que andemos de triunfo en triunfo y de gloria en gloria. Presentemos delante de Dios cada obstáculo, cada limitación; confesemos nuestras dudas, nuestros temores, nuestras carencias, y recibamos la fortaleza que necesita nuestro espíritu para estar firmes en la fe, sabiendo que tenemos la victoria en nuestras manos.

Ninguna presión externa, ni siquiera una verdadera tribulación, puede apagar la esencia del Señor en nuestras vidas. Él es quien tiene todo bajo Su gobierno. El diseño del Reino no es un frasco, sino las manos del Padre. No peleemos con nuestras fuerzas; apoyémonos en la verdad del Padre. Él

nos favorecerá en medio de las pruebas y nos afirmará en la fe, recordándonos Sus promesas.

No pretendamos poner excusas, ni intentemos explicar el porqué de ciertas frustraciones. No levantemos argumentos para justificar nuestra realidad presente. No echemos la culpa al diablo ni al sistema. Nada ni nadie es más poderoso que nuestro Dios, y Él es quien nos conduce a la victoria.

“Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché. No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Isaías 41:9 y 10



Capítulo dos

PARADIGMAS HEREDADOS

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.”

1 Pedro 1:18 y 19

Vivimos en una tierra de memorias invisibles. Desde el vientre hasta la adultez, vamos absorbiendo, sin darnos cuenta, patrones de pensamientos que se instalan silenciosamente en la estructura misma de nuestra mente. Muchos de esos patrones son tan familiares que ni siquiera los cuestionamos.

Han estado allí desde siempre: ideas, refranes, prejuicios, normas no escritas, conceptos de vida, fe y valores que hemos recibido de nuestros padres, abuelos, maestros o del entorno social. Se convierten en supuestas “verdades” que rigen nuestra conducta, aunque, en realidad, muchas de

ellas son estructuras huecas, paradigmas que no resisten la luz de la Palabra de Dios.

Pedro lo expresa con claridad: hemos sido rescatados de una manera vana de vivir, que no se originó en nuestra propia elección, sino que fue heredada, ya que la recibimos de nuestros padres. El apóstol no habla aquí simplemente de costumbres familiares, sino de una forma de vida sin propósito eterno, sin el conocimiento pleno de Dios, fundamentada en valores vacíos, pero profundamente arraigada en nosotros. Esa vida fue construida en base a ideas que, aunque parecían sabias, estaban lejos de la verdad revelada en Cristo.

El problema de los paradigmas heredados no es que se vean falsos. Al contrario, muchas veces suenan lógicos, prudentes, incluso espirituales. El verdadero problema es que procuran gobernarnos sin que siquiera lo notemos. Son creencias que nunca desafiamos, porque las absorbimos antes de tener la capacidad de discernir espiritualmente.

La mente humana, como una esponja en sus primeros años, adopta lo que observa, escucha y experimenta. Desde nuestro nacimiento, el entorno en el que vivimos y las personas que nos crían nos van sembrando pensamientos, ideas y paradigmas que darán fundamento a nuestra manera de vivir. Y, obviamente, no todos esos pensamientos que heredamos nos conducen a la libertad.

Cuando nacemos, lo hacemos con una mente virgen, una mente que no tiene cargada información intelectual. El cuerpo funciona bajo estímulos cerebrales, por lo cual la mente de un niño recién nacido ya está operativa, enviando órdenes al cuerpo de manera natural. Esas funciones no son enseñadas, simplemente son parte de la vida misma.

Sin embargo, los conceptos que tienen que ver con el desarrollo de la vida física e intelectual deberán ser impartidos. Dicha impartición es conocida como enseñanza. Los padres, desde que el niño es muy pequeño, comienzan a enseñarle o a estimular sus sentidos para que aprenda a expresarse y comunicarse de manera efectiva. Por eso Salomón escribió: ***“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”*** (Proverbios 22:6). Pero no todos hemos tenido una fortuna semejante.

El niño asimila poco a poco las enseñanzas de sus padres y va activando sus capacidades, pero esto no siempre ocurre en ambientes adecuados. Es maravilloso que un niño pueda crecer en un entorno de amor, paz y luz; sin embargo, esto no siempre es así. Los ambientes no son ajenos a las enseñanzas impartidas.

Los ambientes son formadores mentales, tanto para bien como para mal, pero nunca son indiferentes a las enseñanzas recibidas. Un niño que crece en tiempos de guerra, en inseguridad, hostilidad, escasez, o con padres violentos o viciosos, no puede pensar igual que un niño que creció en una zona de paz, en un ambiente de amor,

abundancia y protección. Sin dudas, los ambientes son fundamentales para determinar la manera de pensar de un niño.

Aquellos que crecen sufriendo en hogares de tránsito porque fueron abandonados, o los que han padecido abusos, tanto físicos como verbales, son niños que desarrollarán ideas viciadas por la inseguridad, el temor, el rencor o la rebelión. En cambio, un niño que recibe en su hogar contención, seguridad, amor, buen trato y recursos, desarrollará ideas impregnadas de buenos sentimientos.

Hay miles de ejemplos que podría citar; sin embargo, creo que se entiende la idea y que tenemos suficiente claridad como para asumir el alto grado de influencia que tienen, en la formación mental y emocional de un niño, no solo las personas que lo crían, sino también los ambientes donde se desarrolla.

Por otra parte, todos nosotros crecimos en un ambiente determinado y, aunque con el tiempo asumimos ser de determinada manera, no nos damos cuenta de que las situaciones nos formaron así. No nacimos con ciertas actitudes o reacciones; somos el resultado de un cúmulo de enseñanzas, ejemplos, imparticiones, experiencias y situaciones, tanto buenas como malas.

Cuando un niño crece en un hogar cristiano, su formación puede ser sana, amorosa, luminosa y determinante. Por eso el Señor hace tanto hincapié en que

formemos a nuestros hijos en la niñez (**Proverbios 22:6**). Sin embargo, cuando es criado en un hogar sin principios cristianos, resulta mucho más difícil “resetear” la mente para una nueva programación.

En realidad, eso es lo que hace el Señor por medio de Su Palabra y el poder del Espíritu Santo. Una vez que alguien se convierte al evangelio del Reino, comienza a derribar argumentos, fortalezas y altiveces, a la vez que renueva el entendimiento, para que podamos comprender Su perfecta voluntad y vivir por ella.

Como ministro del evangelio y, más precisamente, como maestro de la Palabra, puedo dar fe de que esta no es una tarea sencilla, ya que nos encontramos con diferentes mentalidades formadas por el pasado, y es necesario el renunciamiento voluntario de los hermanos, para morir a una vieja manera de pensar y adoptar una nueva.

Si tuviéramos que sembrar un campo, primero deberíamos pasar un arado, limpiando la tierra de toda planta, raíz o yuyo, y abriendo surco para sembrar, por ejemplo, trigo. Esa es la tarea de un sembrador. Sin embargo, si tuviéramos que realizar ese trabajo en un campo lleno de espinos, raíces y piedras, el trabajo se volvería muy difícil, sacrificado y lento.

Jesús enseñó que Su Palabra era como semilla y que nosotros éramos la tierra receptora para recibirla. Él dijo que solo uno de cada cuatro era tierra fértil para la siembra de Su

Palabra. Por eso es tan importante ser conscientes de que debemos entregar nuestro corazón y nuestra mente al servicio del Espíritu Santo, quien jamás nos pedirá no pensar o poner nuestra mente en blanco; por el contrario, nos pedirá pensar, meditar, renunciar y abrazar una nueva manera de analizar la vida para gestionar correctamente Su voluntad.

Por supuesto, todo cristiano procura vivir la fe de manera sincera y efectiva, pero cuando existen paradigmas mentales contradictorios, todo se complica un poco y, en algunos casos, bastante.

Estos hermanos, indudablemente, aman a Dios, oran, sirven, pero siguen atrapados en ideas como: “Si no sufro, no estoy agradando a Dios, porque siempre he sufrido.” “Dios bendice solo a quienes hacen todo perfecto y yo no soy quien.” “Nací pobre, así moriré, siempre me ha costado mucho todo.” “Yo no puedo, no alcanzo, no tengo, no llego...” “Yo soy muy burro, a mí no me quedan las cosas.” “La vida cristiana es para sobrevivir, no pretendo ninguna conquista...” “No tengo nada que aportar, otros son mejores que yo.” Etc.

¿De dónde vienen frases como esas? Sin duda, no vienen del evangelio del Reino, sino de un sistema de pensamiento moldeado por generaciones, por errores doctrinales, por culturas cerradas al cambio, por estructuras familiares dañadas, por sistemas religiosos que prefieren el control antes que la libertad.

Estos paradigmas limitantes se generan, muchas veces, de heridas no sanadas, de figuras de autoridad que nos transmitieron miedo en lugar de gracia, o de experiencias tempranas que marcaron profundamente nuestra alma. Esto ocurre en la naturaleza: cuando un animal salvaje es criado en cautiverio, no sirve más para la selva.

Cuando un perrito ha sido golpeado una y otra vez, luego reacciona con temor o rabia con todo aquel que se acerca. Cuando un elefante ha estado mucho tiempo atado con una cadena en su pata, el día que se la quitan igual se queda en su sitio, pensando que está encadenado. Los seres humanos somos igual. Si nos han criado en un ambiente de abuso, de violencia, de pobreza, de inseguridad, de temor, es muy difícil que luego actuemos con normalidad y mucho menos con fe.

Bíblicamente, nuestro ejemplo más recurrente a la hora de entender los paradigmas limitantes, es la vida de la generación de hebreos que fue sacada de la cautividad de Egipto. Los hebreos vivieron cautivos más de cuatrocientos años, por lo cual hubo generaciones que nacieron esclavos y murieron esclavos. ¿Cómo no van a ser formados por una mentalidad llena de limitaciones, inseguridades y temor?

Es fácil para nosotros cuestionar las reiterativas actitudes de murmuración e incredulidad, pero ellos no tuvieron un pacto como el nuestro, en el cual el Señor habita en nuestro interior. Ellos veían el resplandor en la montaña, la nube, el maná o alguna manifestación sobrenatural, pero

ninguno de ellos, incluyendo a Moisés, tuvo una comunión espiritual profunda como la que podemos experimentar los cristianos a partir del Nuevo Pacto.

Los hebreos se acostumbraron a quejarse de los maltratos de faraón, y no sabían hacer otra cosa. Por eso, cuando Moisés los liberó, se quejaban de él, y con el paso de los años se quejaban de Dios. Es decir, mente de esclavo es mente de víctima, y tal estado siempre buscará culpables en lugar de hacerse responsable.

Moisés fue criado en casa de faraón, y aunque algunos digan que no sirvió de nada la cultura de los egipcios en la mente de Moisés, no podemos negar que el conocimiento de la libertad fue algo trascendente en su vida. De hecho, cuando quiso liberar al pueblo con la fuerza de su brazo, no fue por otra motivación que la de llevar a sus parientes a un estado mejor, que él conocía muy bien.

El esclavo es quejoso y, de alguna manera, violento. En realidad, lo es por su frustración, pero siempre vive quejándose de todo. Al esclavo le gusta discutir, le gusta imponerse porque necesita encontrar responsables de su condición. Hoy en día, lo vemos en hermanos que echan culpas a su familia, a su patrón o al gobierno, pero no se hacen responsables de provocar cambios.

A los que tienen mentalidad de esclavos les gusta que les presten atención y se sienten cómodos expresando sus ideas, pero no soportan cuando alguien los confronta

públicamente o desenmascara la ignorancia que muchas veces portan.

Tristemente, esto podemos verlo en muchos hermanos hoy en día. Estos pretenden ser analistas bíblicos y críticos de la realidad expresada por su entorno; por eso discuten, se ofenden y critican, porque necesitan imponerse aunque estén notablemente equivocados.

El peleador esclavo levanta ídolos; necesita levantarlos para luego bajarlos echando culpas. Si me permiten dar un ejemplo, miremos lo que ocurre en lo natural. En mi país, Argentina, siempre se procura levantar ídolos; pasa en lo deportivo como en la política. Las ideologías partidarias, el fanatismo por un club y la idolatría hacia algunos personajes son absurdas. Sin embargo, esos ídolos son los mismos que se utilizan para descargar la frustración echándoles la culpa cuando algo no les gusta.

Al jugador de fútbol Diego Maradona le llamaban “dios” y a Lionel Messi le dicen el “mesías”. Ambos han sido excelentes jugadores, pero las demandas sobre sus vidas han sido perversamente obsesivas. Si obtenían un triunfo, los ponían en un altar, y si perdían, procuraban destruirlos. Les demandaron ser ejemplos de todo y con la misma intensidad los criticaron duramente. Esto solo evidencia la mentalidad de esclavos que necesitan verse proyectados en alguien que puede triunfar.

Cuando alguien es fanático de un club de fútbol, dice “ganar” cuando el equipo gana. No dice “salieron campeones”, sino “salimos campeones”, y esto aunque no haya entrado a la cancha ni para estar en la tribuna. Yo entiendo eso, porque se consideran parte del equipo; el problema surge ante la derrota, porque también llegan a sentirse perdedores. Entonces se amargan, se frustran, se enojan mucho o incluso llegan a llorar con amargura.

Con la política ocurre lo mismo: quienes han adoptado una ideología defienden todo lo que provenga de su partido, aunque sea muy claro que muchas cosas se han hecho mal. Esto es perverso, porque a diario podemos ver personas defendiendo lo indefendible, incluso la corrupción.

Cuando se condenó a la ex presidenta argentina por corrupción, fue por medio de un proceso que duró nueve años, en el cual intervinieron veinte funcionarios entre jueces y fiscales. Todos terminaron considerando que había suficientes pruebas para su condena, además de un patrimonio de miles de millones que todos podemos ver. Sin embargo, hubo gente que decía en televisión que si la metían presa, se prenderían fuego públicamente. ¿Qué es eso sino una lamentable mentalidad de esclavos?

Incluso cuando he dicho esto en la Iglesia, algunos cristianos se me han enojado, tal como si yo fuera un opositor que utiliza el púlpito para atacarlos. Es increíble, porque yo no tengo ninguna ideología política. En realidad, solo basta analizar los hechos con libertad y encontraremos aciertos,

errores y ciertos grados de corrupción en todo el sistema. Hay que ser esclavo para pensar que un partido político hace todo bien y los otros hacen todo mal.

En la iglesia pasa exactamente lo mismo: hablamos de orar y anhelar un avivamiento para nuestra ciudad, deseamos que Dios nos levante como iglesia y nos multiplique de manera exponencial. Pero cuando Dios lo hace con una congregación que no sea la nuestra, comienzan las críticas. No hay nada más penoso que pastores criticando otros ministerios, porque en realidad tienen envidia de lo que han conseguido; entonces es mejor acusarlos de livianos, de ladrones, de manipuladores o de falsos ministros.

Amados, la cultura que vemos en el sistema siempre encontrará las vertientes para penetrar la Iglesia. Los hermanos llegan a las reuniones los domingos, pero los demás días de la semana son impartidos por la cultura reinante. Si no nos despojamos de estos paradigmas que nos esclavizan, no podremos avanzar hacia lo que Dios tiene para nuestras vidas. No olvidemos que una generación de hebreos no pudo cambiar y murió en el camino.

Cada época tiene sus paradigmas culturales y religiosos. Jesús confrontó constantemente los paradigmas heredados de su tiempo. El Sermón del Monte es un desafío frontal a las ideas religiosas de la época; por eso dijo: ***“Oísteis que fue dicho... pero yo os digo...”***. Con esta frase, el Señor dismantelaba conceptos antiguos y revelaba un Reino nuevo. No bastaba con seguir lo aprendido; era

necesario discernir si lo aprendido reflejaba verdaderamente el corazón del Padre. La tradición sin discernimiento puede convertirse en un obstáculo para la revelación. Lo heredado sin transformación puede impedirnos avanzar.

El apóstol Pablo también lo comprendió. Él mismo había sido formado bajo una estricta tradición farisea, heredera de siglos de enseñanza rabínica. Sin embargo, cuando tuvo un encuentro con Cristo, todo cambió. Él no impuso lo que creía saber, sino más bien reconoció tenerlo todo por basura para ganar a Cristo (**Filipenses 3:8**).

En ese pasaje, Pablo declara que todo aquello que antes consideraba ganancia, su linaje, su educación, su reputación, en Cristo lo estimaba como basura, por amor a Él. Fue capaz de soltar lo heredado para abrazar lo revelado. Esa es la transformación de la mente: no se trata de rechazar por rechazar, sino de discernir qué debe quedar en la mente y cuáles pensamientos son paradigmas limitantes que deben ser derribados.

El Reino de Dios no se edifica sobre estructuras mentales viejas. Jesús enseñó que no se pone vino nuevo en odres viejos, porque se rompe el odre y se pierde el vino (**Mateo 9:17**). Así también, los pensamientos del Reino necesitan una mente renovada. El Evangelio no es un barniz espiritual sobre estructuras humanas, sino una transformación radical desde lo más profundo. Lo que no se renueva, limita. Lo que no se confronta, buscará entronarse perpetuamente.

El Espíritu Santo es experto en llevarnos a esa renovación. Él convence, revela, ilumina y nos guía a toda verdad. Muchas veces lo hace mostrándonos que lo que siempre creímos no es lo que Dios quiere. Nos confronta con ternura, pero con firmeza. Nos invita a dejar la herencia mental de una cultura sin esperanza para abrazar la mentalidad del Reino: una mente que piensa como Cristo, que cree lo imposible, que ve lo invisible y que se atreve a vivir más allá de lo que el mundo considera normal.

Esto tiene implicancias prácticas. Significa que debemos revisar nuestras creencias sobre nosotros mismos, sobre Dios, sobre la familia, el dinero, la autoridad, el llamado, la fe, el éxito y la identidad. Debemos preguntarnos: ¿Qué de lo que pensamos viene realmente de Dios? ¿Qué de lo que decimos, repetimos o enseñamos es simplemente parte de una tradición o tiene fundamento bíblico? ¿Qué paradigmas están limitando nuestro crecimiento, nuestra obediencia, y nuestra libertad?

Ser rescatados por la sangre de Cristo no es solo un acto espiritual, sino una invitación a vivir una vida con nuevos pensamientos. Somos llamados a desaprender, a renovar, a construir en base a la verdad. No basta con tener fe en el corazón; necesitamos la verdad en la mente. Y esa verdad no se hereda, se recibe por revelación.

Debemos permitir que el Espíritu de Dios nos lleve en este proceso. No debemos temer revisar nuestros fundamentos y patrones de pensamiento. La fe verdadera no

teme ser examinada. Es tiempo de desechar lo viejo, aunque venga de respetables generaciones pasadas.

“Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta.”

Filipenses 3:13

El pasado, con toda su carga de experiencias, emociones y recuerdos, tiene una fuerza que pocas veces comprendemos en toda su dimensión. No es simplemente un archivo de hechos consumados, sino un entramado complejo que puede operar en lo profundo de nuestra mente y alma, configurando paradigmas que condicionan nuestro presente y proyectan limitaciones sobre nuestro futuro.

A menudo, lo que no se procesa y no se sana se convierte en una prisión invisible, una cárcel de la que no sabemos cómo escapar, pero que define muchas de nuestras decisiones, pensamientos y creencias.

El apóstol Pablo nos invita a un acto radical y liberador: olvidar lo que queda atrás y avanzar hacia lo que está delante, hacia la meta. Esta exhortación no minimiza el valor del pasado ni la realidad de lo vivido, sino que nos llama a soltar el peso que puede aplastar nuestro espíritu y que impide caminar en la libertad para la cual fuimos creados. Porque mientras la mente esté anclada en heridas, culpas o frustraciones del pasado, la renovación mental que transforma y libera no podrá darse en toda su plenitud.

Las heridas emocionales que acumulamos a lo largo de la vida, especialmente aquellas originadas en la infancia o en momentos críticos, pueden convertirse en los cimientos de paradigmas mentales limitantes. Estos patrones, una vez arraigados, moldean no solo cómo nos vemos a nosotros mismos, sino también cómo percibimos a Dios y a los demás.

Es importante reconocer que no todas las heridas son evidentes ni conscientemente recordadas. Muchas operan a nivel subconsciente, influyendo silenciosamente en nuestras reacciones, decisiones y emociones. Por eso, la sanidad verdadera implica un proceso profundo que va más allá de la simple rememoración; requiere la intervención divina para desarraigar creencias falsas y reemplazarlas con la verdad transformadora de la Palabra.

Pero no solo las experiencias personales forman paradigmas. Existen patrones heredados generacionalmente, un bagaje de creencias y actitudes que pasan de una generación a otra dentro de familias y comunidades. Estas cadenas intergeneracionales pueden manifestarse como dificultades recurrentes en la vida de fe, en relaciones personales o en áreas como la salud y la prosperidad. La Biblia reconoce esta realidad y también ofrece la esperanza de romper esas ataduras mediante la obra redentora de Cristo y la renovación de la mente.

El primer paso en la liberación del pasado es el reconocimiento honesto de las heridas y patrones que nos limitan. No podemos sanar lo que negamos o escondemos.

La valentía para mirar hacia dentro, enfrentar las verdades dolorosas y traerlas a la luz de Dios, es un acto de fe que abre la puerta a la restauración. Este proceso puede ser acompañado por la oración, el consejo honesto de quienes nos aman, la consejería espiritual y el apoyo de una comunidad que camine junto a nosotros.

La renovación mental que se requiere implica dejar que la Palabra de Dios transforme cada pensamiento, emoción y creencia que nos ata. Decir: “soy una nueva criatura en Cristo” no es solo una frase, sino un decreto espiritual que debe instalarse profundamente en nuestra mente y corazón. Cada vez que recordamos y afirmamos nuestra identidad en Cristo, debilitamos el poder de los paradigmas limitantes que nacieron del pasado.

El perdón también es una llave indispensable en esta liberación. Perdonar a quienes nos han herido, y también perdonarnos a nosotros mismos, es un paso vital para romper las cadenas emocionales que nos atan. El resentimiento, el odio o la culpa actúan como cemento que fortalece las prisiones del pasado, mientras que el perdón abre la puerta a la sanidad, la paz y la libertad interior.

Cada día es una nueva oportunidad para elegir olvidar el peso del pasado y avanzar hacia la meta que Dios ha puesto delante de nosotros. La libertad es un camino, no un evento; es un proceso continuo de renovación, entrega y fe.

Que este capítulo sea un llamado a mirar al pasado con los ojos de la gracia, a soltar toda carga que nos detiene y a caminar con valentía hacia la libertad que solo Cristo puede dar, renovando la mente y transformando la vida.

Es tiempo de decir: *“Hasta aquí llegó esta manera de pensar. Voy a derribar todo paradigma limitante que heredé desde mi infancia y procuraré una mente renovada desde la revelación proporcionada por la Palabra revelada por el Espíritu Santo. Voy a vivir empoderado con pensamientos que provengan del Reino de Dios, para gestionar una vida edificada en la verdad que me sostiene libre”*.

“Para libertad fue que Cristo nos hizo libres. Por tanto, permanezcan firmes, y no se sometan otra vez al yugo de esclavitud.”

Gálatas 5:1 NBLH



Capítulo tres

PARADIGMAS DE INCREULIDAD

“Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.”

Mateo 13:58

La incredulidad no siempre se manifiesta como una negación abierta de la existencia de Dios. Muchas veces es más sutil, más disfrazada, y aún más peligrosa. Es esa voz interna que susurra: “Dios puede hacerlo... pero no lo hará conmigo”; o que afirma con amargura: “Yo no soy digno de esa bendición...”, “Yo no le pido nada a Dios, con la salvación me conformo” o “Eso no es para estos tiempos”.

La incredulidad construye frascos invisibles en la mente y el alma. Limita, encierra, apaga la pasión, reduce la visión, desactiva la fe y nos instala en un conformismo espiritual que Dios nunca diseñó para sus hijos. De hecho, Él mismo nos dice: ***“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”*** (Mateo 7:7-8).

Los paradigmas edificados por la incredulidad son particularmente dañinos porque no suelen presentarse como pecados, sino como altas cuotas de realidad, madurez o prudencia. Pero en realidad, son enemigos de la fe. Donde la fe abre puertas, la incredulidad las cierra. Donde la fe se lanza al mar confiando en que Jesús sostiene, la incredulidad exige garantías visibles y resultados previos. Es un filtro opaco que deforma lo que Dios prometió y lo transforma en una posibilidad remota.

“Y también la mano de Jehová vino sobre ellos para destruirlos... hasta que se acabó toda la generación de los hombres... de en medio del campamento.”

Deuteronomio 2:14 y 15

Aquí tenemos uno de los ejemplos del lenguaje más fuerte en toda la Biblia respecto a la incredulidad. Todos saben que soy un maestro que siempre enseña la gracia de Dios, y pueden llegar a decir que este lenguaje nada tiene que ver con el Nuevo Pacto, y es verdad, pero la Biblia, aún bajo la gracia, dice: ***“Sin fe es imposible agradar a Dios...”*** (Hebreos 11:6).

El pecado de incredulidad no puede aislarse a un solo asunto en nuestras vidas. Se derrama sobre todo nuestro ser, contaminando cada detalle de nuestro caminar. Israel no solo se limitó a dudar de la capacidad de Dios para darles la tierra, sino que también dudaron de su provisión diaria. Dudaron de la capacidad de Dios para proteger a sus hijos. Dudaron de si Él podía guiarlos. Hasta dudaron de si Él estaba con ellos.

Por eso Dios les dijo: ***“Diles a los israelitas que yo no iré con ellos. Son tan tercos que, si vuelven a pecar, hasta podría destruirlos en el camino”*** (Éxodo 33:1 BLS).

Si tenemos incredulidad en un área de nuestras ideas, puede extenderse a otras áreas de nuestra vida, contaminando en parte nuestro corazón. Podemos confiar en Dios en algunos asuntos, tales como creer que nos salva por la fe, que es todopoderoso, que Su Espíritu habita en nosotros. Pero, ¿confiamos en Él por nuestro futuro? ¿Creemos en Él para provisión de salud y finanzas, y para darnos la victoria sobre el pecado?

Debemos saber que la incredulidad nos puede llevar al pecado de la presunción. Presumir es atreverse a pensar que nosotros sabemos lo que es correcto. Es una arrogancia que dice: “Yo conozco el camino” y actúa por su propia cuenta. La presunción, en todo caso, es un paradigma limitante que activa el orgullo e impide la humildad necesaria para caminar en la voluntad de Dios.

Israel actuó con incredulidad, pero cayó en presunción. Cuando Dios les mandó que regresaran al desierto en lugar de atacar al enemigo, ellos no quisieron obedecer. En vez de eso, fueron a Moisés y dijeron: ***“De acuerdo, pecamos, pero ya lo tenemos resuelto. Estamos listos para obedecer el mandamiento de Dios de subir contra el enemigo.”*** Y tomaron el asunto en sus propias manos.

Muchos cristianos incrédulos cometen un trágico error: cuando fallan en un asunto de fe, vuelven a la carne. Hacen lo que creen debe ser hecho, pero proceden en su propia sabiduría y capacidad. La fe siempre se resiste a actuar con temor y espera que Dios obre. La fe nunca está dispuesta a hacer que algo suceda adelantándose a Dios.

Jesús mismo, en los días de Su carne, se asombró de la incredulidad de su pueblo. En Nazaret, el lugar donde había crecido, donde lo conocían de vista, donde su humanidad les resultaba común, fue también el lugar donde sus milagros fueron escasos. No por falta de poder, sino por falta de fe en sus corazones.

La expresión que nos cuenta que ***“No hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos”*** (Mateo 13:58), deja en claro que el Hijo de Dios, el Todopoderoso, estaba presente con ellos... y sin embargo, su poder fue limitado no por Sus deseos, sino por la mente cerrada de quienes no creían. Lo vieron, lo escucharon, pero permanecieron aferrados a sus paradigmas.

De hecho, tenemos la historia de Tomás, quien siendo discípulo del Señor dijo lo siguiente después de la resurrección: ***“Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”*** (Juan 20:25). Creo que si analizamos esto naturalmente, es un pedido perverso el de Tomás, porque después de tener que enfrentar semejante sufrimiento en la cruz, el Señor no tendría que haber sido

expuesto al dolor de alguien incrédulo que pretende meter su dedo en las recientes heridas. Sin embargo, en Su misericordia lo permitió.

“Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.”

Juan 20:27

Para ilustrar nuestra enseñanza, diría que la incredulidad está edificada con vidrio transparente. Aparenta libertad porque uno puede moverse dentro de ella y ver todo lo que pasa en el entorno, pero nos sostiene dentro de sus límites. Muchos creyentes no cuestionan la esencia de la fe, pero han abrazado paradigmas limitantes que les impiden ejercerla. Creen en Dios, pero no esperan nada extraordinario. Confían en la Biblia, pero no la viven como una realidad operativa. Hablan del Reino, pero lo consideran lejano, simbólico o reservado para unos pocos.

La incredulidad moderna, especialmente dentro del ámbito cristiano, se ha sofisticado. Se disfraza de teología académica, de escepticismo racional, de experiencias pasadas fallidas. Pero sigue siendo incredulidad. Y cada vez que se instala en la mente, se convierte en una fortaleza que impide que el poder de Dios fluya con libertad. En lugar de una fe que mueve montañas, nos deja con una religión que apenas mueve emociones.

Lo más preocupante es que este paradigma puede haberse formado lentamente, a través de años de enseñanzas incompletas, de experiencias dolorosas no sanadas, de líderes que prefirieron lo seguro antes que lo sobrenatural. Se convierte en una narrativa interna que afirma que “Dios ya no obra así”, o que “eso era para los apóstoles que, por cierto, hoy ya no existen...”, o que “no debemos pedir mucho porque podemos desilusionarnos”. Pero al final del día, esta forma de pensar termina castrando la fe y neutralizando la expectativa de lo divino.

Quienes me conocen y me escuchan a menudo saben que soy muy cauteloso a la hora de recibir o vivir lo sobrenatural, porque prefiero filtrar espiritualmente todo lo que me ocurre. Pero eso no implica que no crea, sino que deseo solamente lo que proviene de Dios. Encender los radares del Espíritu no es incredulidad, sino sabiduría de Dios.

Aclaro esto porque no deseo generar la idea de que ser libres es creer todo lo que vemos, escuchamos o vivimos. Debemos encontrar el justo equilibrio para no rechazarlo todo ni aceptar todo con liviandad. Debemos utilizar el discernimiento espiritual, abrazar fervientemente lo que proviene de Dios y poner un límite a tanta cosa falsa que anda dando vueltas por ahí.

Algunos se jactan de creer, pero luego los vemos caer en misticismo. Ven milagros donde no los hay, ven ángeles y demonios por todos lados, hacen actos proféticos que Dios

nunca mandó, generan manifestaciones espirituales que nada tienen que ver con el Espíritu, asocian todo sentimiento, sueño o pensamiento al obrar del Señor. Pero en definitiva, estos también viven limitados por esos paradigmas inciertos.

Salir de los paradigmas de incredulidad no implica creer a ciegas, sino vivir desde la revelación. Vivir en la convicción de lo que no vemos implica salir del frasco, aunque este sea de vidrio transparente, pero no por causa de impulsos emocionales, sino por la revelación proporcionada por el Espíritu Santo.

La Escritura está colmada de llamados a la fe osada, expectante, militante. **Hebreos 11** no nos presenta a hombres prudentes y calculadores, sino a locos por la fe, pero por creerle a Dios, no por andar inventando cosas ni por obedecer a toda idea mística que andaba dando vueltas en aquellos días. Noé construyó un arca en el desierto cuando nunca había llovido, pero lo hizo porque Dios le habló, no porque se lo propuso un amigo.

Abraham salió de su tierra y de su parentela sin saber a dónde iría, pero no fue porque buscara nuevos desafíos, sino porque Dios le habló. Moisés no desafió a Faraón con una vara porque estaba cansado de que maltratara a sus parientes, sino porque Dios le asignó esa tarea. Es más, observemos que el día que mató al egipcio procurando la liberación sus fuerzas no le funcionaron, porque ese no fue un acto de fe, sino una acción fundamentada en las emociones de su alma y no en una palabra hablada por Dios.

¿Qué tenían en común los hombres y mujeres de fe que hicieron grandes proezas? Que no se movieron por simples deseos o emociones, sino que obraron conforme a la voluntad de Dios. Ellos fueron personas comunes, pero cuando recibieron una palabra de parte de Dios, no dejaron que la incredulidad estableciera sus límites.

Hoy es nuestro tiempo. No debemos creer en un Dios más grande en la Biblia que en nuestra vida. Él continúa haciendo milagros. Lo que debemos hacer es cultivar y cuidar una profunda comunión con el Señor, y no inventar desafíos personales, sino escuchar Su voluntad y caminar hacia ella sin limitaciones.

¿Qué milagros pueden estar esperándonos más allá del frasco? ¿Qué promesas no se han activado aún por causa de la incredulidad? ¿Qué visión se ha apagado por abrazar una fe diluida y domesticada? ¿Qué hacemos por escuchar a Dios y por creerle sin limitaciones? Si nos quedamos paralizados estaremos actuando con incredulidad, y si nos movemos cuando Dios no nos ha dicho nada, pecaremos de presunción. Lo que debemos hacer es simplemente obedecer al gobierno de Dios.

Romper el paradigma de la incredulidad implica más que declarar versículos con la boca o caminar en pos de simples emociones. Requiere escuchar a Dios, renovar la mente, renovar la esperanza, renunciar al miedo a fallar y exponerse nuevamente al Dios que no ha cambiado con el tiempo, que sigue siendo el mismo que vemos en la Biblia.

Significa dejar de evaluar a Dios según nuestras experiencias personales y comenzar a creerle por lo que Él ha dicho, aunque nadie nos entienda, aunque nunca hayamos oído o visto antes lo que nos está mandando. Debemos romper nuestras limitaciones, debemos caminar en la legalidad de la fe.

Algunos creen que la fe es desear algo e ir en busca de eso, pero no es así. Fe no es lo que deseamos, sino lo que Dios nos habló. Por eso enseño sobre la legalidad de la fe, porque fe sin el sustento de una palabra divina no es fe, es mística, y caprichos disfrazados de espiritualidad. Sin embargo, si buscamos en la intimidad, si logramos una palabra de Dios para nuestras vidas, ya tenemos lo recibido; solo debemos creerlo.

“¿Dios no es como nosotros! No dice mentira alguna ni cambia de parecer. Dios cumple lo que promete.”

Números 23:19 (TLA)

El Señor sigue buscando corazones que le crean. No corazones perfectos, ni mentes brillantes, sino creyentes sinceros que digan como aquel padre desesperado que buscando la liberación de su hijo, dijo: ***“¿Creo; ayuda mi incredulidad!”*** (Marcos 9:24). Porque esa es la clave: no negar nuestra lucha, sino ponerla delante del Dios que puede sanar incluso nuestros paradigmas más arraigados.

La fe no es una emoción ni un deseo, es el resultado de una palabra que sale de la boca de Dios. Es nuestra decisión

confiar radicalmente en la fidelidad de Dios, aun cuando no comprendamos los procesos que se producen tras el propósito divino.

Cuando la fe verdadera comienza a gobernar nuestra mente, los vidrios de la incredulidad empiezan a crujiar, partirse y romperse, dándonos libertad para caminar en pos de la verdad eterna. La expansión del Reino en nuestras vidas solo puede producirse por causa de la obediencia, una obediencia aparentemente loca para los naturales, pero absolutamente profunda y poderosa para los espirituales.

Romper los paradigmas limitantes de la fe no implica levantarnos una mañana con ganas de hacer algo diferente para desafiar la gracia divina. Es levantarnos para enfocarnos en Dios, con toda la intención de adorarlo, de alcanzar una mayor profundidad espiritual, de apasionarnos en la búsqueda de Su voluntad y luego actuar conforme a ella.

“Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad; porque de cierto os digo, que si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasaría; y nada os sería imposible.”

Mateo 17:20

El paradigma de la incredulidad no es nuevo. Desde los tiempos bíblicos, Jesús confrontó la incredulidad de sus discípulos y de las multitudes. En este pasaje de **Mateo 17:20**, Él señala con claridad que la incredulidad es el obstáculo para que las obras de fe se realicen plenamente. La

fe, aunque pequeña como un grano de mostaza, tiene un poder inmenso, pero la incredulidad la anula y reduce el potencial espiritual al mínimo. La incredulidad es, por tanto, la raíz de muchas cadenas mentales que impiden la libertad y la plenitud de la vida en Cristo.

La incredulidad puede tener múltiples orígenes y formas. También puede nacer de heridas no sanadas, de experiencias negativas con la iglesia o con algunos líderes. Puede ser causada por traiciones religiosas, por sufrimientos personales inexplicables, o por un conocimiento superficial de la Palabra que no logra penetrar el corazón. También puede surgir de una cultura dominante que promueve el escepticismo y el relativismo, disminuyendo el espacio para creer en lo sobrenatural y en la intervención directa de Dios en la vida diaria.

La incredulidad también se manifiesta en la práctica a través de oraciones débiles, decisiones tomadas sin fe, falta de perseverancia, temor a los desafíos y falta de esperanza en la manifestación de la gloria de Dios. Esta actitud limita el crecimiento espiritual y el cumplimiento del propósito divino en cada persona.

Vencer el paradigma de la incredulidad es, por tanto, un desafío fundamental para cualquier creyente que desee vivir en libertad y plenitud. Este proceso comienza con un reconocimiento honesto de la incredulidad que habita en la mente. Negar o ignorar esta realidad solo perpetúa el estancamiento. Pero al enfrentarla con humildad, el creyente

abre la puerta para que la luz de la verdad y el poder del Espíritu Santo actúen.

La Palabra de Dios es el antídoto para la incredulidad. A través del estudio, la meditación y la aplicación de las Escrituras, la mente se renueva y se fortalece en la fe. Recordar las promesas de Dios, sus intervenciones históricas y personales, y los testimonios de fe, alimentan el corazón y disuelven las dudas. La fe crece cuando se alimenta con la verdad y la experiencia de Dios.

Además, la comunión con otros creyentes es vital en esta batalla. El testimonio de quienes han vencido la incredulidad y han experimentado el poder de Dios puede fortalecernos y animarnos. La oración en comunidad, el compartir de luchas y victorias, crea un ambiente propicio para que la fe se fortalezca y los paradigmas limitantes se desarraiguen.

El Espíritu Santo también juega un rol crucial en la superación de la incredulidad. Él es el Maestro que guía a toda verdad, ilumina la mente y convence de la realidad de Dios. Una relación profunda con el Espíritu Santo abre la puerta a una experiencia vivencial de fe, más allá de lo intelectual, que transforma radicalmente la mente y el corazón.

Finalmente, vencer la incredulidad implica tomar decisiones conscientes de la fe diaria. La fe es un acto de voluntad, un compromiso de confiar en Dios a pesar de las

circunstancias y los sentimientos. La perseverancia en la oración, la obediencia a la Palabra y la práctica constante de la confianza en Dios, son hábitos que derriban el paradigma de la incredulidad y abren el camino a la manifestación del poder divino.

Que este capítulo sea un llamado a la valentía espiritual, a la entrega total a la fe y a la transformación mental que permita derribar toda muralla de incredulidad, para que la vida en Cristo se manifieste en toda su plenitud y poder.

“Tened cuidado, hermanos, no sea que en alguno de vosotros haya un corazón malo de incredulidad, para apartarse del Dios vivo.”

Hebreos 3:12



Capítulo cuatro

PARADIGMAS DE RELIGIOSIDAD

“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí.”

1 Corintios 15:10

Como hemos visto, el entorno en el que crecemos, vivimos y nos movemos tiene una fuerza poderosa para formar nuestra identidad, nuestro sistema de valores y, por supuesto, nuestra manera de pensar. Este entorno abarca la familia, la comunidad, la cultura, los medios de comunicación y también la Iglesia, entendida en este caso como la congregación donde desarrollamos nuestras actividades de culto. Este espacio no solo nos forma, sino que puede llegar a condicionar nuestros patrones mentales y emocionales, tanto en aspectos positivos como negativos.

La cultura en la que vivimos, la revolución digital, los valores actuales, las ideologías y las corrientes de pensamiento social tienen un impacto trascendente en toda

persona, y eso no excluye al pueblo de Dios. Vivimos en un mundo saturado de mensajes que exaltan el individualismo, la competencia, el consumismo, y que con frecuencia relativizan la verdad absoluta.

Estas corrientes culturales pueden colisionar con la Palabra de Dios y sembrar confusión, duda o conformismo. Sin un discernimiento espiritual, podemos adoptar paradigmas del mundo que limitan nuestra fe, como el miedo al fracaso, la búsqueda del reconocimiento humano o la idolatría del bienestar material.

Es común pensar que la mente es un espacio personal y libre, pero la realidad es que es un territorio permeable a influencias externas. Hace algunos años, estas influencias penetraban de manera más sutil y progresiva. Siempre estuvieron, pero la hostilidad que manifestaban era diferente. Hoy, en cambio, esas influencias se manifiestan de forma directa y agresiva.

El problema surge cuando el entorno está lleno de mensajes contradictorios con la verdad del Evangelio, o cuando fomenta paradigmas que limitan la fe y la libertad espiritual. Sin darnos cuenta, podemos ir incorporando ideas que restringen nuestro potencial y nos mantienen en un estado de conformismo, temor o duda.

No podemos ignorar hoy el peso de las redes sociales y la virtualidad, que constituyen un entorno omnipresente en la vida moderna. Estas plataformas no solo conectan, sino

que influyen profundamente en las creencias, emociones y conductas. La constante exposición a imágenes, opiniones y estilos de vida puede alimentar paradigmas de comparación, inseguridad, ansiedad y frustración, afectando la mente y la fe. Por eso, la renovación mental también implica un uso consciente y crítico de estos medios, filtrando lo que edifica y desechando lo que daña.

Reconocer la influencia del entorno es, entonces, un paso crucial hacia la libertad mental y espiritual. No se trata de aislarse o salirse del mundo tal como dijo Jesús en **Juan 17:15**, sino de desarrollar una conciencia que nos permita elegir sabiamente, qué es lo que absorbemos y qué es lo que rechazamos. Esta conciencia se cultiva con oración, estudio de la Palabra y comunión con el Espíritu Santo, quien nos guía a toda verdad.

El apóstol Pablo nos exhorta con autoridad a no conformarnos al patrón de este mundo, sino a experimentar una transformación profunda mediante la renovación de la mente. Esta renovación implica un cambio radical en nuestra manera de pensar, que solo puede producirse cuando permitimos que la verdad de Dios tome el control, desplazando las creencias erradas, los prejuicios y las limitaciones heredadas. La clave está en reconocer que el entorno nos influye, pero que podemos decidir qué efectos permitimos que tenga sobre nuestra mente y nuestra vida.

Como vimos en el capítulo dos, el primer entorno que moldea nuestra mente es la familia. En ella aprendemos

nuestras primeras palabras, valores, formas de relacionarnos, y adoptamos muchos paradigmas que pueden llegar a ser profundamente limitantes. Sin embargo, si la familia es cristiana, también es el lugar donde recibimos las primeras ideas sobre Dios y la vida de la Iglesia.

Una familia que vive en amor y comunicación abierta, puede sembrar en sus miembros paradigmas saludables como la confianza, la esperanza, la santidad, el compromiso y una firme identidad en Cristo. Así también puede transmitir buenas conductas espirituales como la oración, la lectura de la Palabra, la práctica de la piedad y la esencia del amor cristiano.

Pero debemos reconocer que también, existen familias en las que predomina la religiosidad, el legalismo, el miedo infundado, la manipulación o el control. Estas dinámicas generan paradigmas que limitan la mente, como la inseguridad, la baja autoestima, el temor a equivocarse, la desconfianza hacia Dios y, en ocasiones, mucha hipocresía. Estas huellas tempranas pueden volverse raíces profundas que condicionen nuestro pensamiento, incluso cuando crecemos y deseamos cambiar.

La Iglesia, como segundo gran entorno, tiene una responsabilidad enorme en la formación de paradigmas. Desafortunadamente, muchas comunidades cristianas han reproducido patrones limitantes que, en lugar de liberar, atan a los creyentes. Cada uno de nosotros ha sido marcado, en

mayor o menor medida, por la iglesia que nos discipuló durante los primeros años de nuestra conversión.

Esa comunidad de fe, con sus enseñanzas, modelos y prácticas, ha dejado una huella profunda en nuestra manera de ver a Dios, de vivir la fe y de entender el propósito del cristianismo. No podemos ignorar la influencia formativa de nuestras raíces espirituales. Sin embargo, es necesario aprender a mirar esa formación con madurez: con gratitud por lo recibido, pero también con discernimiento para reconocer sus limitaciones.

Legalismos, dogmatismos, actitudes cerradas y enseñanzas parciales han instaurado en muchas mentes cristianas, la idea de que la fe es solo obediencia sin gozo, que el Espíritu Santo es para unos pocos, o que la bendición está condicionada a reglas humanas. Estas ideas corroen la mente y apagan el fuego de la libertad espiritual que Jesús trajo. Por eso, elegir un ambiente eclesial donde la verdad se predique con amor y apertura es fundamental para renovar la mente y derribar paradigmas falsos.

Es decir, cuando comenzamos a congregarnos no pudimos elegir nada, porque nada entendíamos, pero una vez que alcanzamos madurez espiritual, debemos asomar nuestra cabeza fuera del frasco y si es necesario, buscar nuevos horizontes en donde podamos despojarnos de lo erróneo y direccionar correctamente nuestro entendimiento respecto del evangelio del Reino.

“Examinadlo todo; retened lo bueno.”

1 Tesalonicenses 5:21

En muchos casos, el énfasis doctrinal de ciertas iglesias ha moldeado un tipo de cristiano que, aunque sincero, vive en una tensión constante. Algunas corrientes subrayan tanto el temor al error, que hacen del crecimiento espiritual una experiencia cargada de ansiedad. Otras ponen tanto peso en el cuidado de la sana doctrina, que olvidan la ternura del corazón pastoral. Algunos son enseñados a desconfiar de todo lo nuevo, a rechazar automáticamente cualquier expresión espiritual diferente, como si toda diversidad fuera sinónimo de peligro.

Estas enseñanzas, aunque puedan nacer de una intención genuina de proteger la fe, a veces terminan instalando en algunos hermanos temores profundos: miedo a equivocarse, miedo a desviarse, miedo a ser engañados, miedo a pecar. El discipulado se vuelve entonces un proceso de alerta permanente, más que una aventura gozosa de descubrimiento. En lugar de una comunión confiada con el Espíritu Santo, muchos desarrollan una espiritualidad vigilante, basada en la sospecha y el control.

Por otro lado, también hay iglesias cuya formación produce pasividad. El énfasis en “esperar en Dios” degenera en inacción. El temor a “moverse en la carne” paraliza iniciativas legítimas nacidas de la fe. Se forman creyentes que dependen totalmente de la dirección externa del liderazgo, sin desarrollar una relación personal con la Palabra

ni un oído ejercitado para escuchar la voz del Señor. Se valora más la obediencia ciega que la madurez espiritual. Así, muchos permanecen como niños espirituales, temerosos de pensar por sí mismos, incapaces de discernir sin intermediarios.

No se trata de encontrar culpables. La mayoría de estos líderes hacen lo que pueden con lo que saben. Transmiten lo que a ellos mismos les fue enseñado. Y Dios, en su misericordia, también nos alcanzó usando la vida de ellos. Por eso, el camino no es el del resentimiento, sino el del agradecimiento acompañado por la reflexión. Sin embargo, honrar nuestras raíces no implica repetir o sostener todos sus modelos; implica reconocer lo bueno y avanzar más allá de lo que recibimos.

La madurez consiste en saber que la fe se construye con revelación progresiva. Que lo que ayer fue luz, hoy puede necesitar ser ampliado. Que hay más por descubrir, más por entender, más por vivir. La fe viva no se conforma con repetir fórmulas, sino que se deja guiar por la voz del Espíritu en cada etapa del camino. Y eso incluye saber cuándo es tiempo de soltar ciertas estructuras, ciertos paradigmas, ciertas formas que ya no tienen vida.

No debemos negar la bendición que fue nuestra iglesia de origen, pero tampoco debemos permitir que sus limitaciones se conviertan en cadenas que nos impidan avanzar. El Reino de Dios es mayor que cualquier denominación. La verdad del Evangelio es más rica que

cualquier tradición. Cristo es más amplio, más profundo, más glorioso que lo que una sola visión puede mostrar.

“El cual también nos hizo suficientes como ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.”

2 Corintios 3:6

Las limitaciones de los paradigmas religiosos pueden llegar a ser muy perversas, porque son estructuras mentales construidas no desde la Palabra viva, sino desde interpretaciones cargadas de miedo, control y tradición humana. Muchos cristianos viven atados a normas que no nacen del Espíritu, sino de una religión sin gracia, donde el mérito personal ocupa el lugar que solo le pertenece a la obra perfecta de Cristo.

Desde algunos púlpitos se ha predicado un evangelio distorsionado, donde el énfasis está puesto en el cumplimiento externo más que en la transformación interna. Se inculca una obediencia basada en el temor al castigo en lugar del amor al Padre. Se manipulan conciencias con reglas que Dios nunca impuso, y se impone una conducta uniforme que no nace de la convicción, sino del miedo a ser juzgado. Esto no es el Evangelio. Es legalismo disfrazado de santidad.

El legalismo nace cuando la ley es exaltada por encima de la gracia, cuando las normas eclipsan al amor, y cuando se presenta a Dios como un juez severo que espera que tropecemos para castigarnos, en lugar de como un Padre que

corre a abrazar al hijo que vuelve a casa. En ese clima espiritual no florece la vida del Reino, sino la hipocresía. Porque donde hay miedo, no hay libertad; y donde no hay libertad, tampoco hay verdad.

Muchos han sido formados con la idea de que Dios los ama solo si oran lo suficiente, si no se equivocan, si cumplen con todas las actividades religiosas, si se visten de determinada manera o si pertenecen a cierta denominación. Así se va edificando un cristianismo centrado en las obras, donde la identidad se mide por el desempeño y no por la gracia. Este tipo de fe no libera, sino que esclaviza. No edifica, más bien deforma.

Cristo vino a romper con todo eso. Su cruz no solo venció al pecado, sino también al sistema religioso que oprimía a las personas con cargas que ni los mismos líderes podían llevar (**Mateo 23:4**). Él denunció con firmeza a los fariseos, no por su doctrina en sí, sino por la manera en que la aplicaban: sin compasión, sin misericordia, sin amor. Jesús confrontó una espiritualidad basada en la apariencia, pero vacía de verdad. Y sigue haciéndolo hoy en día.

Desmontar estos paradigmas requiere valor. Significa mirar a Jesús con ojos llenos de luz, escuchar el Evangelio con oídos renovados y dejar que la verdad desplace la tradición. No se trata de vivir sin límites, sino de vivir entre los límites impuestos por la verdad. No se trata de desechar la santidad, sino de abrazarla con gozo, sabiendo que es el

resultado de una comunión viva con Dios, no de un esfuerzo humano para agradarlo.

La verdadera libertad cristiana no es libertinaje, sino la capacidad de vivir guiados por el amor y no por el miedo. Es descansar en la justicia de Cristo, no en la nuestra. Es confiar en que Su gracia nos transforma desde dentro y nos capacita para vivir conforme a Su voluntad. Donde hay gracia, hay crecimiento. Donde hay verdad, hay libertad. Donde está el Espíritu del Señor, allí hay vida.

Muchos necesitan hoy, oír el verdadero Evangelio del Reino. No el que condena al débil, sino el que lo levanta. No el que excluye, sino el que restaura. No el que castiga, sino el que sana. El Evangelio de la gracia no es suave, es profundo. No es liviano, es poderoso. Porque cuando uno comprende cuánto ha sido amado, cuánto ha sido perdonado y cuán gratuitamente ha sido justificado, entonces comienza a vivir de verdad.

Ciertamente vivimos tiempos de gran dificultad, por lo cual debemos tener cuidado de rodearnos de personas que nos impulsen a crecer sanamente, que desafíen nuestros paradigmas limitantes y que vivan en la libertad que Cristo ofrece. Una comunidad de fe sana es un ambiente donde la mente se renueva porque se comparte verdad, amor y esperanza. Allí se reciben palabras que edifican, correcciones que liberan y testimonios que animan a perseverar en el compromiso.

El desafío es grande, porque el entorno no solo influye, sino que también ofrece resistencia al cambio. Muchas veces, la familia o la iglesia pueden ser espacios donde nuestras nuevas convicciones enfrenten rechazo o incomprensión. Esto puede ser doloroso, pero también es una oportunidad para fortalecer la fe y confirmar nuestra decisión de vivir una vida libre de paradigmas limitantes.

La mente renovada es una mente que sabe discernir, que no se conforma, que se alimenta de la verdad y que cultiva hábitos espirituales que protegen su libertad. Es una mente que sabe decir “no” a lo que limita y “sí” a la transformación divina. Este proceso nos lleva a vivir no según el molde del entorno, sino según el diseño del Reino de Dios.

En conclusión, el entorno tiene un peso indiscutible en la formación de nuestra mente y puede ser un canal de paradigmas limitantes si no somos conscientes y proactivos. Sin embargo, con la ayuda del Espíritu Santo, la Palabra de Dios y una comunidad fiel, podemos renovar nuestro entendimiento y caminar en la libertad plena que Cristo nos ofrece, trascendiendo cualquier influencia que pretenda reducir nuestra fe o nuestra esperanza.

“Cristo nos dio libertad para que seamos libres. Por lo tanto, manténganse ustedes firmes en esa libertad y no se sometan otra vez al yugo de la esclavitud.”

Gálatas 5:1 (DHH)

Capítulo cinco

PARADIGMAS DE TEMOR

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino el de fortaleza, de amor, y de templanza.”

2 Timoteo 1:7 (OSO)

El temor o el miedo, son por mucho, los generadores de paradigmas más antiguos y profundos que han afectado a la mente humana. No son solo emociones pasajeras; son una fuerza poderosa que, cuando no es confrontada, se convierte en una prisión invisible que encierra y paraliza la vida espiritual, emocional e incluso física de las personas.

Aunque existe una diferencia entre temor y miedo, los mencionaré de manera indistinta, ya que ambos generan paradigmas limitantes. El miedo suele ser una reacción emocional ante un peligro real o percibido, mientras que el temor se refiere más a una anticipación prolongada del peligro o a una preocupación persistente, muchas veces ligada a lo desconocido o a la falta de confianza. Sin embargo, ambos son profundamente dañinos para la fe.

El temor actúa como un dictador silencioso: condiciona decisiones, limita la fe y puede destruir sueños y llamados divinos. Para los creyentes, entender y vencer el paradigma del temor es esencial para vivir en la libertad que Cristo conquistó para nosotros, y avanzar hacia la plenitud de vida que Él nos propone.

Es importante destacar que la Biblia menciona dos tipos de temor. Uno de ellos es saludable y debe ser cultivado: “el temor del Señor”. Este no implica estar asustado de Dios, sino tener una reverencia profunda por Su poder y Su gloria. Es un reconocimiento de Su santidad, de Su carácter justo, y de todos Sus atributos. Diríamos que es un respeto reverente y apropiado por quién es Él.

Este tipo de temor trae consigo muchas bendiciones. El **Salmo 111:10** afirma: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos. Su loor permanece para siempre.”* **Proverbios 1:7** declara: *“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza.”*

En el mismo libro, más precisamente en **Proverbios 19:23** leemos: *“El temor de Jehová es para vida, y con él vivirá lleno de reposo el hombre; no será visitado del mal.”* **Proverbios 14:27** afirma: *“El temor de Jehová es manantial de vida, para apartarse de los lazos de la muerte.”* Y finalmente, **Proverbios 14:26** dice: *“En el temor de Jehová está la fuerte confianza, y esperanza tendrán sus hijos.”* Es

evidente que el temor reverente a Dios no limita, sino que impulsa a una comunión sana y profunda con el Santo.

Si Adán y Eva hubiesen tenido este tipo de temor reverente, no habrían comido del fruto prohibido. Lo que experimentaron después fue miedo: miedo a ser descubiertos, miedo a perder lo que tenían, miedo a lo desconocido. Ese miedo, fruto del pecado, ha sido transmitido y multiplicado de generación en generación, estableciendo un patrón mental que funciona como un falso sistema de autoprotección, pero que en realidad limita la vida y la confianza en el Padre celestial.

Muchas veces, el temor se disfraza bajo etiquetas socialmente aceptadas: prudencia, sensatez, realismo, madurez. Pero en esencia, sigue siendo una sombra que oscurece el alma. De hecho, es una de las herramientas más eficaces del reino de las tinieblas para controlar el sistema. Y aunque en los hijos de la luz esto no debería ser así, lo cierto es que el temor puede infiltrarse y generar grandes limitaciones para la fe.

Debemos entender que los paradigmas de temor pueden ser vencidos solamente cuando son reconocidos y enfrentados. Cuando decidimos llevarlos a los pies del Señor y caminar en fe, el gran principio de la luz puede disiparlos. Pablo nos asegura que Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio. Esta declaración es una invitación directa a romper con los miedos que nos paralizan.

Este paradigma se manifiesta de muchas formas en la vida cristiana: Miedo al fracaso, que limita la fe. Miedo a la pérdida, que paraliza los sentimientos. Miedo al rechazo, que bloquea la expresión. Miedo al juicio, que impide la verdad. Miedo a la pobreza, que frena la generosidad. Miedo a la enfermedad, que oprime el alma.

Todos estos temores construyen muros invisibles en la mente, basados en experiencias pasadas, creencias erróneas o incluso en ataques espirituales. Pero la verdad es que el temor es una herramienta del enemigo que, aunque no debería afectarnos, puede infiltrarse para mantenernos pasivos frente al propósito de Dios.

Vencer este paradigma comienza con la conciencia de su existencia y su influencia. No podemos liberarnos de lo que no reconocemos. Muchas personas viven toda su vida con un miedo disfrazado, que condiciona sus decisiones y acciones. Pero el primer paso es traer ese miedo a la luz de la Palabra y de la oración, exponerlo y enfrentarlo con la verdad de Dios.

La renovación de la mente juega un papel clave en este proceso. En lugar de alimentar pensamientos de temor, debemos nutrir nuestra mente con pensamientos de fe y confianza en el Señor. Es necesario recordar Sus promesas, meditar en sus obras pasadas y en los testimonios de los santos. Eso es lo que fortalece el alma y disuelve las cadenas del miedo, porque la fe no es la ausencia de temor, sino la

decisión valiente de caminar a pesar de él, sabiendo que Dios está con nosotros.

Ante los paradigmas de temor, la comunidad de fe se manifiesta nuevamente como un espacio clave para la libertad. Es el lugar donde podemos compartir nuestros miedos, recibir oración corporativa y apoyo espiritual. Donde escuchamos testimonios de liberación, fortalecemos nuestra fe y aclaramos nuestra visión. La iglesia debe ser un refugio donde el miedo no tenga cabida, un lugar donde se proclame la victoria en Cristo y se fomente el dominio propio que el Espíritu Santo produce.

Nuevamente, la oración y la adoración se presentan como armas espirituales poderosas contra los paradigmas del miedo. Al acercarnos a Dios en adoración, experimentamos Su presencia y Su paz, esa que sobrepasa todo entendimiento **(Filipenses 4:7)**. La oración, especialmente en comunidad, desarma la influencia del miedo y nos conecta con el poder sobrenatural que nos capacita para vivir en libertad.

Es fundamental también, educar la mente para que aprenda a reconocer cuándo el miedo es legítimo, como una señal de precaución, y cuándo es un paradigma limitante que paraliza sin razón. La sabiduría espiritual nos permite discernir y actuar con valentía, sin caer en la imprudencia ni en la parálisis.

En resumen, el miedo es un paradigma mental que limita la libertad y la plenitud del creyente, pero puede ser

vencido con el poder del Espíritu Santo, la verdad de la Palabra y la comunión con la fe. El Señor nos invita a salir de la prisión invisible del miedo y a vivir una vida abundante, plena y valiente en Él. El salmista escribió:

***“En Dios he confiado; no temeré.
¿Qué puede hacerme el hombre?”***

Salmo 56:11

Este es un asombroso testimonio del poder de confiar en Dios. Lo que el salmista expresa es que, pase lo que pase, él confía en Dios porque conoce Su carácter y Su poder. Entonces, la total y completa confianza en Dios es la clave para vencer el temor.

Confiar en Dios es rehusarse a ceder ante el miedo. Es acudir a Él incluso en los momentos más oscuros y creer que tiene todo bajo Su control soberano. Esta confianza proviene de conocerlo profundamente y saber que Él es un Dios bueno. Como dijo Job, en medio de una de las pruebas más difíciles registradas en las Escrituras: ***“He aquí, aunque él me matare, en él esperaré” (Job 13:15).***

Una vez que hemos aprendido a confiar verdaderamente en Dios, ya no temeremos lo que venga contra nosotros. Seremos como el salmista, que declaró con confianza: ***“...alégrense todos los que en ti confían. Den voces de júbilo para siempre, porque tú los defiendes. En ti se regocijen los que aman tu nombre” (Salmo 5:11).***

El apóstol Pablo, por su parte, escribió a los hermanos de Filipo, que estaban atravesando tiempos de fuerte opresión espiritual, lo siguiente:

“No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:6 y 7

El miedo es una emoción inherente al ser humano, un mecanismo de defensa que ha cumplido un propósito en nuestra historia, y que en ciertas circunstancias puede protegernos del peligro. Sin embargo, cuando esta emoción natural se arraiga como un paradigma limitante, su poder puede volverse destructivo y paralizante, especialmente en la vida espiritual. El miedo disfrazado se convierte en un velo invisible que cubre la fe y limita nuestra obediencia a la voluntad divina.

Como mencioné anteriormente, el temor no siempre se manifiesta de forma evidente. A menudo se oculta tras la ansiedad, la preocupación constante, la duda sutil, el perfeccionismo paralizante, o incluso una aparente prudencia que en realidad se convierte en una barrera que impide avanzar. Estos “miedos camuflados” funcionan como verdaderas trampas mentales, que retienen al creyente en zonas de confort y estancamiento, donde la libertad y el crecimiento espiritual se ven sofocados.

Además de los temores específicos que muchos cristianos pueden enfrentar, y que tienen raíces profundas, también existe el miedo a Dios. Esto es triste pero es real. No me refiero aquí al temor reverente y saludable que mencioné al inicio, sino a un miedo deformado, originado en una percepción equivocada del carácter de Dios, de Su gracia y de Su misericordia.

Algunos creyentes llegan a verlo solo como un juez severo, pero no como un Padre amoroso y compasivo. Cuando esta imagen distorsionada se instala, el temor se convierte en un freno que impide una relación íntima, libre y gozosa con el Creador. Es cierto que Dios es un Juez justo e implacable, pero no debemos olvidar cómo ejecutó ese juicio en Su propio Hijo, para librarnos a nosotros de lo irremediable.

***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que
están en Cristo Jesús.”***

Romanos 8:1

Cuando un cristiano padece miedo a Dios, generalmente es a causa de la culpa y la auto-condenación. Son dos fuerzas poderosas que han marcado la mente y el alma humana desde la caída. Funcionan como sombras oscuras que, aunque invisibles para los demás, se sienten con una intensidad abrumadora en el corazón de quienes las padecen.

La culpa es esa sensación opresiva que nos recuerda una y otra vez nuestros errores, fracasos y faltas, mientras que las ideas de condenación son las voces internas que pretenden juzgarnos y sentenciarnos más allá de Cristo, sellando un veredicto de rechazo y desesperanza. Estos paradigmas forman cadenas invisibles que aprisionan la fe y limitan la libertad espiritual, porque presentan a Dios como un justiciero implacable cuya intención es destruirnos.

Desde los primeros capítulos de la Biblia vemos cómo la conciencia de la culpa irrumpió en la historia humana tras el pecado de Adán y Eva. La experiencia de vergüenza y miedo al ser confrontados por Dios marcó el inicio de un ciclo de auto-condenación que ha persistido a través de las generaciones. En nuestra historia personal, esta dinámica puede manifestarse como una batalla interna constante: por un lado, el deseo profundo de vivir en libertad; por otro, la repetición incansable de voces acusadoras que intentan impedirlo.

Este paradigma limitante de culpa y condenación puede originarse en distintas fuentes. Muchas veces proviene de experiencias de vida dolorosas, errores cometidos, decisiones equivocadas o heridas emocionales profundas. En otros casos, puede ser el resultado de enseñanzas religiosas distorsionadas que enfatizan más la culpa que la gracia, o predicaciones centradas en el juicio antes que en el perdón. En cualquiera de los casos, el resultado es una mente atrapada en un ciclo de auto-reproche que impide avanzar hacia una verdadera libertad.

Un aspecto crucial para entender este paradigma es distinguir entre culpa y arrepentimiento. El arrepentimiento, desde la perspectiva bíblica, es un acto saludable y necesario que conduce a la restauración, ya que implica reconocer el error, volverse a Dios con humildad y recibir Su perdón. El problema de la culpa es que tiende a evadir a Dios, y si intenta convertirse en arrepentimiento, permanece inmóvil a causa de los sentimientos que genera.

Cuando la culpa se vuelve crónica y no es enfrentada, destruye la esperanza y paraliza la voluntad, pues ata a los creyentes a una sensación constante de descalificación. Muchas personas viven en un estado de culpa no redentora, donde el pasado se convierte en una cárcel mental que las define y las limita.

La condena, por su parte, es la sentencia interna que niega la posibilidad de perdón y renovación. Es la voz del acusador que trata de convencernos de que somos indignos, que no hay esperanza para nosotros, que hemos caído demasiado bajo. Sin embargo, la Escritura dismantela esta mentira poderosa al declarar que “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. Esta verdad debe arraigarse profundamente en el alma y la mente, para disipar la sombra de la condena y permitir que la luz de la gracia brille con plenitud.

El enemigo de nuestras almas se vale del paradigma de la culpa y la condenación para mantener cautiva la mente de los santos, pues sabe que mientras un redimido se sienta

indigno y condenado, no podrá experimentar plenamente la vida abundante que Jesús prometió. Es por eso que muchos creyentes viven con una fe limitada, llenos de inseguridades, y a menudo alejados del gozo y la libertad que provienen de saberse perdonados y aceptados en Cristo.

Romper este paradigma no es un proceso automático ni superficial. Es un camino que requiere confrontar las voces internas que acusan, llevarlas a la luz de la Palabra de Dios y permitir que el Espíritu Santo sane las heridas del alma. La renovación de la mente debe ser profunda, diaria y constante, porque esta tiende a volver a los viejos patrones si no se alimenta con la verdad.

Un paso fundamental es aceptar el perdón de Dios no como una doctrina abstracta, sino como una realidad viva que transforma. Esto implica soltar la culpa, perdonarse a uno mismo y dejar de vivir en la repetición constante del error. La gracia de Dios no solo cubre nuestras faltas, sino que también transforma nuestro interior y nos capacita para vivir en libertad.

Es vital entender que una mente renovada no solo piensa en libertad, sino que vive en libertad. Esta libertad es fruto de la obra completa de Cristo, quien llevó en la cruz nuestra culpa y asumió nuestra condena para darnos un nuevo comienzo. Vivir bajo esta realidad es una decisión diaria: un caminar en gracia, fe y esperanza.

Para liberarnos de este paradigma limitante, es necesario comprender que la culpa verdadera se reconoce, se confiesa y se entrega a Dios. El arrepentimiento sincero abre la puerta a la gracia y a la sanidad espiritual. La renovación mental implica reemplazar los pensamientos de culpa por la verdad de la redención. Es un proceso que requiere meditar en la Palabra, afirmar nuestra identidad como hijos perdonados y amados, y rechazar las mentiras que el enemigo usa para mantenernos atados. La oración, la confesión y la comunión con Dios son herramientas esenciales en este camino.

Además, el perdón hacia uno mismo y hacia otros es fundamental. Muchas veces, la culpa se prolonga por la incapacidad de perdonar o de perdonarse. El perdón es profundamente liberador y permite que la mente y el alma sanen, derribando los muros que la culpa ha levantado falsamente.

Finalmente, liberarnos de la culpa implica vivir en la libertad que Cristo conquistó. Es decidir no volver al yugo antiguo, sino caminar en la gracia que renueva cada día. La voz de la culpa puede ser silenciada y reemplazada por la voz de la verdad y del amor divino. El poder que Dios nos concede no es una fuerza arbitraria, sino un empoderamiento espiritual que nos habilita para enfrentar las pruebas y desafíos con valentía.

El amor de Dios derriba toda barrera, pues ***“el perfecto amor echa fuera el temor”*** (1 Juan 4:18). Y el dominio

propio nos capacita para controlar nuestros pensamientos y emociones, impidiendo que el miedo se apodere de nuestra voluntad.

Recuerden: para romper las cadenas del miedo disfrazado, primero debemos aprender a identificarlo con honestidad. Esto implica un proceso de auto-observación y reflexión donde se detecten los pensamientos, emociones y actitudes que revelan temor oculto. Preguntarnos: ¿Qué nos detiene realmente? ¿Qué nos hace dudar o retraernos? ¿Qué voces internas o externas alimentan nuestra inseguridad? Este reconocimiento es un acto de valentía, y es el primer paso hacia la libertad.

Una vez identificado, el paradigma del miedo debe ser confrontado con la verdad bíblica. La Palabra de Dios es un refugio firme donde el creyente puede renovar su mente y fortalecer su espíritu. Meditar en las Escrituras que hablan de la fidelidad, la provisión y la protección divina es vital para liberarnos de todo paradigma limitante fundado en el temor.

“El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién podría yo temerle? El Señor es la fortaleza de mi vida, así que no le temo a nadie.”

Salmo 27:1 (PDT)

“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Isaías 41:10

Capítulo seis

PARADIGMAS DE ORGULLO

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, quien, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”

Filipenses 2:5 al 8

El ego es una de las fuerzas más poderosas e invisibles que puede gobernar la vida del ser humano. De hecho, uno de mis últimos libros se titula “Derribando el imperio del ego”, y ciertamente les recomiendo leerlo para un mayor entendimiento de cómo el ego se manifiesta y pretende gobernar. Considero que es uno de esos temas que los hijos de Dios no debemos ignorar.

El peligro del ego es que no se presenta abiertamente como un tirano, sino que opera muchas veces disfrazado de legítimas aspiraciones, buenas intenciones o incluso de

virtudes aparentes. Sin embargo, cuando el ego se convierte en un imperio, construye muros de orgullo, control y auto-justificación que limitan profundamente nuestra libertad, nuestra relación con Dios y con los demás, y la manifestación plena de la fe.

Este “yo” que quiere ser el centro de todo, que anhela reconocimiento, control y aprobación constante, puede convertirse en nuestro mayor enemigo. El ego gobierna desde la inseguridad disfrazada de arrogancia, desde la necesidad de ser valorado hasta la resistencia a la corrección.

Puede llegar a producir mucho daño, porque no sabe ceder. No perdona fácilmente, no escucha de verdad, no se pone en el lugar del otro. Siempre cree tener la razón, exige comprensión, pero no la brinda; quiere ser considerado, pero rara vez considera. Las personas dominadas por el ego terminan aisladas emocionalmente, incluso cuando están rodeadas de gente.

El alma gobernada por el ego se encierra tras muros invisibles de orgullo, miedo o autosuficiencia, porque no permite establecer vínculos profundos. Su postura de aparente suficiencia está edificada sobre muchos paradigmas que solo establecen límites y generan una gran soledad, tanto negada como dolorosa... Esto sucede, sobre todo, cuando quienes padecen orgullo logran dominar a quienes los rodean.

El ego tiene su propia doctrina, por eso dice: “Debo demostrar que tengo razón”, “No puedo mostrar debilidad”, “Mi opinión es la que importa”, o “Mi valor depende de mis logros y de lo que otros piensan de mí”. Estas creencias, aunque sutiles, son cadenas invisibles que impiden que la mente se renueve y que el Espíritu Santo actúe con libertad.

La Biblia nos llama a un contraste radical. En **Filipenses 2**, el apóstol Pablo exhorta a tener el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús, quien, siendo Dios, se humilló a sí mismo y se hizo siervo. Esa humildad es la antítesis del egoísmo y el orgullo. Es la puerta que abre la libertad, la comunión genuina con Dios y la capacidad de amar al prójimo sin condiciones. Jesús mismo nos mostró que la verdadera grandeza no está en ser servidos, sino en servir y entregar la vida por amor.

El orgullo, además, se resiste a la corrección y al cambio. Cuando el ego está en control, cualquier señal que cuestione su “imagen” es vista como un ataque personal. Esto genera defensas, justificaciones y conflictos que solo alejan de la verdad y mantienen a muchos en la prisión de una mentalidad rígida y cerrada. Por eso, derribar los paradigmas limitantes del orgullo no es solo un acto puntual, sino un proceso continuo de rendición y renovación mental.

Reconocer el dominio del ego en nuestra vida es un acto de valentía espiritual. Implica mirar con honestidad nuestras motivaciones, nuestros deseos ocultos y cómo estos pueden estar afectando nuestra relación con Dios, con los

demás y con nosotros mismos. La autoevaluación guiada por la Palabra es el primer paso para que la gracia de Dios comience a dismantelar esos muros.

La oración es el canal por el cual entregamos nuestro “yo” a Dios, permitiendo que Él moldee nuestro carácter conforme a Su voluntad. La entrega diaria de todo posible orgullo, de todo nuestro querer y de todas nuestras expectativas es la llave que abre la puerta a una mente renovada y a un corazón humilde y receptivo.

El egoísmo impide el diálogo honesto. Transforma los desacuerdos en guerras, las diferencias en amenazas y los errores del otro en afrentas personales. Cuando el orgullo toma el control, incluso los vínculos más cercanos, matrimonios, amistades, relaciones entre hermanos en la fe, pueden convertirse en zonas de combate emocional.

La falta de empatía, por su parte, es la incapacidad de ponerse en el lugar del otro, y de sentir con él. Es un corazón endurecido que ya no se conmueve por el dolor ajeno y que solo sabe mirar desde su propio punto de vista. Pero Cristo nos llama a llorar con los que lloran y a gozarnos con los que se gozan (**Romanos 12:15**). El amor bíblico no es indiferente ni selectivo, es empático y solidario.

Cuando el ego predomina, las relaciones sufren en silencio. Nadie lo dice en voz alta, pero se sienten las distancias. Se habla, pero no se conecta. Se convive, pero no se comparte el alma. Se saluda en la iglesia, pero no se sana

en comunidad. Y poco a poco, el alma se va aislando aun en medio de la presencia de todos. Porque gobernar a los demás no es la esencia de la comunión verdadera.

Después de destruir vínculos por medio del orgullo, el ego se encierra en sí mismo para no volver a ser confrontado, corregido ni vulnerado. Así, el corazón se endurece, la concurrida soledad se normaliza y el egocéntrico deja de crecer porque cree saberlo todo y que nadie puede corregirlo. Por el contrario, él cree tener esa capacidad.

El apóstol Pablo, al contrastar las obras de la carne con el fruto del Espíritu (**Gálatas 5:16 al 24**), nos da una clave esencial: las verdaderas relaciones cristianas solo pueden mantenerse saludables si están marcadas por la presencia del Espíritu de Dios. Y el fruto del Espíritu no es un simple adorno moral; es la evidencia de una vida libre de los paradigmas del orgullo y rendida totalmente a Cristo.

Por tal motivo, la comunidad de fe es un espacio vital para este proceso. Los hermanos y líderes espirituales pueden ayudarnos a ver áreas ciegas, a recibir corrección amorosa y a caminar en humildad. La humildad no es un camino solitario; es una práctica que se fortalece en un entorno de amor, aceptación y disciplina espiritual. Nadie puede decir que es humilde si no acepta vivir en comunión con los hermanos en la fe.

Además, derribar los paradigmas del orgullo implica aprender a vivir con la mirada puesta en Dios y no en el

reconocimiento humano. La verdadera identidad y valor no dependen de nuestros logros, talentos o popularidad, sino de ser hijos amados del Padre celestial. Esta conciencia transforma la mente y nos libera de los paradigmas limitantes que atan nuestra autoestima a factores externos y efímeros.

Aunque el ego pretenda resistirse, la victoria es segura para quien se somete a la voluntad de Dios. La gracia nos capacita para vivir con humildad, amar sin condiciones y caminar en libertad espiritual. Esta transformación de la mente no solo es una liberación personal, sino también una puerta para que Dios pueda usarnos plenamente para la manifestación de Su Reino.

***“¿Has visto hombre sabio en su propia opinión?
Más esperanza hay del necio que de él.”***

Proverbios 26:12

El orgullo opera siempre bajo una excesiva valoración personal. Por eso, la visión de quienes son gobernados por su propio ego se distorsiona, y tienden a formar paradigmas de autosuficiencia ajenos a la realidad del Reino. De alguna manera, esto suele suceder a los hermanos que sufren la tendencia a creerse superiores a los demás y no vacilan en hacer valer sus opiniones, por más equivocadas que estén.

La realidad de quienes son gobernados por los paradigmas del orgullo es que suelen necesitar la aprobación y el reconocimiento social. La razón es que un ególatra es sinónimo de inseguridades y cierto temor al rechazo, incluso

por parte de Dios. Por eso, todos los hijos de Dios debemos ser capaces de reconocer las intervenciones del ego en nuestras ideas y someterlo al gobierno del Espíritu Santo.

Todos tenemos un “yo” que pretende gobernar; todos tenemos ideas y paradigmas personales. Este no es un mal que padecen unos pocos. Lo que pretendo señalar con el tema del ego es que algunos tienen un ego demasiado inflado y orgulloso, lo cual equivale a no poder reconocer sus propios errores. Por eso los paradigmas del orgullo obstaculizan la fe y la comunión con Dios.

En el avance de la vida espiritual no hay lugar para el ego dominante. De hecho, uno de los desafíos más sutiles y persistentes que enfrentamos es la voz interior negativa: esa voz que, muchas veces sin que nos demos cuenta, se instala en nuestra mente y comienza a susurrar dudas, críticas, juicios y desánimos.

Para muchos creyentes, este crítico interno se convierte en un generador de paradigmas limitantes que condicionan sus pensamientos, emociones y acciones, impidiendo que la fe se exprese con libertad y poder. Es decir, el ego puede impulsarnos a la cima del gobierno personal, no solo para creernos más de lo que somos, sino para creer menos de lo que debemos creer en la Palabra de verdad.

Esta voz limitante no proviene del Espíritu Santo ni es una manifestación de nuestra verdadera identidad en Cristo. Por el contrario, surge de patrones aprendidos a lo largo de la

vida, herencias emocionales, heridas no sanadas, falsas creencias e incluso puede ser una herramienta del enemigo para desviar, desanimar y paralizar.

Reconocer los paradigmas del orgullo es fundamental para romper su poder, pero lamentablemente esto no es tarea fácil para quienes padecen el gobierno de su ego. Quienes están acostumbrados a escuchar esa voz interior de manera continua no pueden diferenciarla de la voz de Dios. Esto les lleva a decir constantemente: “Dios me dijo...”. El problema es que utilizan esta muletilla para justificar lo que ellos piensan y quieren.

Por eso es fundamental que todo hijo de Dios desarrolle su oído espiritual y opere en verdadero discernimiento, aprendiendo a distinguir entre las voces que edifican y las que destruyen. La renovación de la mente implica cambiar el canal interno por donde recibimos y alimentamos nuestros pensamientos.

La Palabra de Dios es un antídoto poderoso contra este crítico interno, pero en ocasiones los orgullosos solo la interpretan como les parece a ellos y terminan minando su efectividad. Meditar en las Escrituras, proclamarlas y aplicarlas a nuestra vida diaria es esencial para llenar la mente con verdades que desarmen toda mentira, pero es vital acceder a ella con humildad y bajo la supervisión del Espíritu Santo.

Esto no puede realizarse solo a través de devocionales privados, sino aceptando que ministros y líderes de confianza nos impartan la Palabra o nos ayuden a interpretarla correctamente. De lo contrario, quienes sufren los paradigmas del ego nunca serán confrontados, porque simplemente asimilarán la Palabra según sus deseos, expectativas y comodidad. Estos tienen que ser confrontados con autoridad y aunque el Espíritu Santo es nuestra mayor autoridad, los orgullosos apagan Su voz ignorando convicciones. Es por esto que muchas veces les conviene tener una voz audible que los exhorte.

La oración es también un espacio de confrontación y sanidad, pero debe ser una oración que contemple la presencia de Dios, porque aquellos que realizan monólogos en sus oraciones siempre terminan sin escuchar a Dios, sin ser corregidos, sin ser tocados por la Presencia del Señor.

Cuando dirigimos nuestras oraciones a encontrar primeramente la presencia de Dios, siempre terminaremos accediendo a Su voluntad. Quienes llevan en humildad sus pensamientos negativos ante la presencia del Señor, siempre conseguirán destruir paradigmas limitantes. La intimidad con Dios es un refugio donde el orgullo pierde poder, porque nos recuerda nuestra verdadera identidad como hijos amados y llamados a la victoria.

Como podemos apreciar claramente, la desactivación de los paradigmas limitantes es fundamental para una vida de Reino efectiva, pero solo puede lograrse a través de la

adopción de hábitos espirituales que fortalezcan la mente y el alma.

La lectura diaria de la Biblia, la práctica de la gratitud, la adoración y la reflexión en la verdad son medios básicos para alimentar un pensamiento positivo y edificante. Por el contrario, la exposición constante a mensajes negativos, críticas destructivas o ambientes tóxicos puede reactivar el paradigma limitante de la voz interior negativa.

La perseverancia es clave en esta batalla. La mente no cambia de inmediato ni sin esfuerzo, pero con disciplina espiritual y la ayuda del Espíritu Santo es posible construir un ambiente interno donde la fe, el amor y la esperanza sean los sonidos dominantes. El proceso puede implicar la búsqueda de ayuda a través de autoridades espirituales genuinas, pero todo debe hacerse con humildad.

En definitiva, la voz interior de la autosuficiencia, así como las ideas negativas, son paradigmas mentales que pueden paralizar y limitar la vida espiritual y emocional de todo hijo de Dios. Sin embargo, la buena noticia es que, con la renovación constante de la mente mediante la Palabra, la oración, la comunión con Dios y el apoyo de la comunidad de fe, es posible identificar, confrontar y silenciar estos paradigmas limitantes, abriendo el camino para vivir en la libertad y el propósito divino.

Quienes operan bajo el dominio del orgullo difícilmente comprenden el valor de la comunión con los

hermanos. Les resulta complejo desenvolverse dentro de la revelación del cuerpo de Cristo. Se sienten más cómodos expresando su fe desde la independencia, una tendencia que lamentablemente ha crecido de manera constante en estos tiempos. Muchos prefieren la “Iglesia de YouTube”, donde seleccionan los mensajes que desean escuchar y evitan los compromisos del intercambio fraterno.

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo. Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu.”

1 Corintios 12:12 y 13

El gran avance que el Reino necesita es la formación de una Iglesia con miembros que comprendan la comunión espiritual verdadera. Una Iglesia que además ya no viva para sí, sino para Aquel que la compró con Su sangre. Una Iglesia liberada no solo del pecado, sino de su propio ego colectivo. Una comunidad que no se edifique sobre el protagonismo humano, sino sobre la centralidad absoluta de Cristo. Una Iglesia que haya dejado de buscar sus deseos para levantar en alto la voluntad de Dios.

La Iglesia de Cristo fue concebida como un cuerpo, no como un escenario para exhibir el protagonismo de algunos. Es llamada a ser una familia espiritual, no una estructura de

poder para unos pocos. Lamentablemente, cuando el ego penetra, la Iglesia deja de ser un altar de adoración y se convierte en una plataforma de exhibición. Los púlpitos se transforman en vitrinas, los ministros en celebridades y los hermanos en espectadores. El mensaje se diluye, el Reino se oscurece y el “yo” vuelve a ocupar el lugar que solo le pertenece a Jesús.

Un cuerpo no compite consigo mismo. No hay envidia entre sus miembros ni orgullo de funciones. Cada parte cumple su rol en armonía con el todo. El dedo no se gloria por señalar, ni el ojo se jacta por ver. Todos dependen unos de otros y se sujetan a la cabeza. Así debe ser la Iglesia: una comunidad interdependiente donde nadie busque exaltarse a sí mismo, y todos reconozcan que Cristo es el Señor.

Debemos tener en claro que los dones son gloriosos, pero no deben ser ídolos. Los líderes son siervos, pero no figuras famosas. Cuando la Iglesia es libre de sí misma, el Espíritu fluye sin estorbos, la Palabra corre sin filtros y el amor se mueve sin intereses ocultos. La unidad no es una consigna vacía, sino una realidad vivida. La humildad no es un discurso, sino una cultura espiritual.

Cristo no vino a fundar un movimiento centrado en hombres, sino a levantar una comunidad centrada en Su Persona. Él no delegó Su gloria ni compartió Su trono. Su cruz no fue un trampolín para egos religiosos, sino una declaración de muerte al “yo”. Por eso toda Iglesia

verdaderamente suya lo entroniza, no lo usa; lo proclama, no lo opaca; lo obedece, no lo acomoda.

Cuando Cristo es el centro, todo gira en torno a Su Palabra, Su carácter y Su obra. Los programas no reemplazan la oración. Las luces no sustituyen la luz del Espíritu. El crecimiento numérico no es más importante que el crecimiento en santidad. La presencia de Dios no se simula, se busca con quebranto. El servicio no es promoción, es entrega. El púlpito no es un lugar para subir, sino para descender y servir desde lo más profundo del espíritu.

Una Iglesia centrada en Cristo no es humanamente perfecta, pero puede ser pura. No será aplaudida por el mundo, pero será conocida por el cielo. No tendrá todas las respuestas del marketing moderno, pero tendrá fuego en el altar. No brindará explicaciones intelectuales del evangelio, pero vivirá en la sabiduría del Espíritu y en toda revelación espiritual genuina.

El Reino de Dios avanza con hombres y mujeres que han muerto a sí mismos, que han renunciado a sus propias ideas para adoptar la sabiduría del Señor. Tal vez no seamos los más talentosos, pero sí vivimos rendidos al gobierno del Espíritu Santo, lograremos trascender y penetrar el sistema con el poder del Reino de Dios. La cruz que nos salva es también la cruz que nos forma. La gracia que nos justifica es la misma que nos llama a la entrega. No hay vida plena sin rendición absoluta de nuestro ego y de todo paradigma que pretenda limitarnos.

Hoy, más que nunca, se levanta un clamor desde el corazón del Padre: *“Sean una Iglesia libre de sí mismos, y el mundo verá a mi Hijo...”* Una Iglesia así no será medida por su fama, sino por su fidelidad. No será reconocida por su brillo exterior, sino por su pureza interior. No será admirada por sus estructuras, sino por su semejanza al Rey.

Es tiempo de que la Iglesia resplandezca no por su imagen, sino por la gloria de Cristo reflejada en su rostro. Es tiempo de entrega total. Es tiempo de derribar los paradigmas del orgullo a través de la humildad. Es tiempo de decir, como Juan el Bautista:

“Es necesario que Él crezca, y que yo mengüe.”
Juan 3:30

Amados hermanos, cuando el orgullo levanta un bastión de gobierno en el corazón de los cristianos, no solo los desactiva para el propósito divino, sino que también termina afectando el desarrollo y la manifestación del cuerpo de Cristo. Dios no pasará esto por alto. Si no hay una entrega voluntaria, ciertamente Dios intervendrá. No lo hará como en el Antiguo Testamento, pero en sus páginas podemos ver claramente el disgusto de Dios frente al orgullo humano.

En **Daniel 4**, el rey Nabucodonosor de Babilonia tuvo la inusual oportunidad de aprender lo que les sucede a quienes permiten la operación de los paradigmas del orgullo. Fue una lección difícil de asimilar para él, pero sumamente

importante y edificante para nosotros. Una lección que ciertamente no debemos ignorar.

El rey tuvo un sueño que lo turbó, y solo el profeta Daniel fue capaz de proporcionarle una interpretación certera (**Daniel 4:6 y 7**). El rey explicó que había visto un árbol grande y glorioso, y que mientras lo observaba, vio que alguien descendía del cielo y daba la orden de que el árbol fuera talado, pero con la intención de que su cepa permaneciera (**Daniel 4:14 y 15**).

Sorprendentemente, quien había descendido del cielo comenzó a hablar del árbol como si se tratara de una persona. A partir de esas palabras, el rey comprendió que la persona representada por el árbol compartiría la hierba de la tierra con los animales, y que su mente cambiaría de la de un hombre a la de una bestia durante siete períodos de tiempo (**Daniel 4:15 y 16**).

Esta sentencia fue pronunciada para que todos supieran lo que sucede con los que andan con orgullo (**Daniel 4:37**): que Dios es el Gobernante de todo, y que nadie debe olvidar que Él otorga y quita la autoridad a quien Él desea (**Daniel 4:17**). Él es el Soberano, y no tenemos margen para ignorarlo, ni lo tuvieron los hombres del Antiguo Testamento, ni lo tenemos nosotros, que vivimos bajo la gracia del Nuevo Pacto.

Cuando Daniel explicó el significado del sueño, se alarmó profundamente al darse cuenta de que se trataba nada

menos que del propio Nabucodonosor (**Daniel 4:19**). Era sabido por todos que el rey caminaba con orgullo, y que Dios planeaba humillarlo. El rey perdería su gloria y se volvería como una bestia durante siete años, para que aprendiera que solo Dios da la autoridad (**Daniel 4:23 al 25**).

Estas cosas sucedieron tal como lo había anunciado el sueño. Nabucodonosor se llenó de orgullo al elogiarse a sí mismo por la grandeza del reino que había construido (**Daniel 4:29 y 30**). Mientras hablaba de su esplendor, perdió la razón y se volvió como una bestia del campo (**Daniel 4:30 al 33**). Transcurrido el tiempo profetizado, recobró la razón y se humilló ante Dios, exclamando que Él es soberano y actúa según Su voluntad. Entonces el reino le fue restaurado y, esta vez, en lugar de atribuirse la gloria, alabó, exaltó y honró a Dios:

“Porque Su dominio es un dominio eterno, y Su reino permanece de generación en generación. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada. Más Él actúa conforme a Su voluntad en el ejército del cielo y entre los habitantes de la tierra. Nadie puede detener Su mano ni decirle: ¿Qué has hecho?”

Daniel 4:34 y 35 (NBLA)

Es evidente que Nabucodonosor aprendió lo que sucede con los que andan con orgullo. Ahora bien, es cierto que vivimos bajo la gracia del Nuevo Pacto, pero eso no implica que los sentimientos de Dios respecto del orgullo hayan cambiado.

Por último, notemos que Dios advirtió a Nabucodonosor lo que ocurriría si no cambiaba. Sin embargo, no lo hizo. Los paradigmas del orgullo pueden ser muy difíciles de derribar, porque quienes los tienen, generalmente no los detectan y terminan exponiéndose a procesos de disciplina. Esto les sucede porque ignoran la voz del Espíritu Santo y, al final, deben aprender desde el fracaso y la frustración. Los procesos en la gracia del Nuevo Pacto no son como los que vivió el rey Nabucodonosor, pero son igualmente dolorosos.

Conozco a un hermano a quien estimo mucho, pero al tratar con él, es evidente que está atrapado en paradigmas de orgullo. Sin embargo, él no los percibe como tales, y como consecuencia, su vida está mal en todas las áreas: en su matrimonio, con su hijo, en su economía, en su ministerio y en sus relaciones. Todo anda mal, pero él atribuye estas cosas a los ataques del diablo.

Por supuesto, he tratado de explicarle lo que percibo, pero es como si sus oídos estuvieran cerrados completamente a la corrección. De hecho, habla mucho, siempre se justifica en todas sus obras y constantemente afirma que “Dios le dice...”, pero en realidad no escucha. Tal vez un día, su abatimiento y su frustración logren quebrantar los paradigmas de orgullo que lo gobiernan, porque en verdad deseo que su vida pueda mejorar.

Es muy triste ver a un cristiano gobernado por el orgullo; pero aún más lamentable es ver a una congregación

orgullosa de sus virtudes, ignorando, quizás sin darse cuenta, el gobierno del Espíritu Santo. No debemos olvidar que Jesús mismo modeló la importancia de la humildad (**Filipenses 2:1 al 11**).

“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

Santiago 4:5 y 6



Capítulo siete

ROMPIENDO LOS PARADIGMAS LIMITANTES

“Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

Efesios 4:23 y 24

El camino hacia la libertad comienza en lo invisible, en ese terreno íntimo que muchos ignoran, pero que es el epicentro de toda transformación: nuestra comunión con el Espíritu Santo, quien es el único que puede cambiar nuestra manera de pensar. No hay verdadera libertad si los pensamientos permanecen cautivos de paradigmas viejos, ideas deformadas por el dolor, el orgullo, la religión, el legalismo o la cultura de este siglo.

La mente es el campo de batalla donde se define si seremos libres o seguiremos siendo esclavos de formas de pensar que no provienen de Dios. Nosotros, sin excepción, éramos enemigos de Dios en nuestra mente (**Colosenses 1:21**); por lo tanto, no podemos vivir ahora en plena

comuni3n con él, si no cambiamos nuestra manera de pensar, abrazando Su sabiduría y renunciando a nuestra necesidad.

El ap3stol Pablo lo entendía muy bien cuando escribi3 a los romanos que es necesario no conformarnos al presente siglo malo, sino procurar la renovaci3n de nuestro entendimiento para comprobar cuál sea la voluntad de Dios. La renovaci3n de la mente no es una opci3n decorativa en la vida cristiana; es una necesidad urgente.

No se trata de adquirir conocimiento por acumulaci3n, sino de permitir que el Espíritu Santo opere una metamorfosis desde lo profundo. La palabra griega para “transformaci3n” es “*metamorph  o*”, la misma que describe la transfiguraci3n de Jesús en el monte. Es un cambio radical, de adentro hacia afuera, en el cual nuestros pensamientos comienzan a alinearse con los pensamientos del Reino.

Esta transformaci3n no ocurre por inercia ni por rituales religiosos, sino por una decisi3n diaria. Es una rendici3n constante a la verdad de Dios. Cada día se nos presenta la oportunidad de elegir con qué alimentar nuestra mente: con el temor o con la fe, con la verdad de la Palabra o con las voces del mundo. Esa elecci3n repetida, sencilla pero poderosa, va moldeando una nueva forma de ver, sentir y actuar.

Pablo también nos enseña que tenemos armas poderosas para la destrucci3n de fortalezas, pero debemos ser nosotros, empoderados por el Espíritu Santo, quienes

destruyamos esas fortalezas, derribando los argumentos y rindiendo ante el Señor toda altivez que se levante contra el conocimiento de Su voluntad. Somos nosotros quienes debemos llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo; Dios no nos obligará a hacerlo, pues, si así fuera, no habría equivocados en la Iglesia.

Aquí se revela una verdad poderosa: no estamos desarmados frente a los pensamientos tóxicos o paradigmas limitantes. Dios nos ha provisto armas espirituales para pelear la batalla interna; armas como la Palabra, la oración ferviente, la adoración, el ayuno y la comunión con el Espíritu Santo. Lo que necesitamos es actitud, humildad y entrega.

Las fortalezas mentales son estructuras internas, muchas veces invisibles, construidas con pensamientos errados, experiencias traumáticas, enseñanzas distorsionadas o pactos inconscientes con la mentira. Pero el poder del Espíritu puede derribar esas murallas. No importa cuánto tiempo hayan estado allí, ni si fueron heredadas por generaciones o levantadas por años de dolor. Cuando la verdad entra, las cadenas siempre se romperán.

He escuchado y acompañado a personas que vivieron por años creyendo que no eran dignas de ser amadas por Dios. Otros pensaban que debían ganar su salvación por obras, esforzándose para merecer lo que ya les fue dado por gracia. Algunos llevaban culpas que no les pertenecían, y otros eran prisioneros del miedo o la vergüenza. Pero cuando

la luz de la Palabra comenzó a iluminar esas áreas ocultas, cuando cada pensamiento fue llevado cautivo a los pies de Cristo, sus vidas comenzaron a florecer en libertad.

Renovar la mente también es caminar en obediencia práctica. No se trata solo de orar para que Dios cambie nuestros pensamientos, sino de actuar conforme a la verdad revelada. Cuando elegimos perdonar en lugar de guardar rencor, estamos renovando nuestra mente. Cuando elegimos la gratitud en medio de la escasez, la fe por encima de la lógica natural, y la esperanza en medio del dolor, damos pasos concretos hacia una mente renovada.

La mente de Cristo no es un concepto teológico abstracto, sino una realidad accesible para los hijos de Dios. Pablo declara en **1 Corintios 2:16**: “*Mas nosotros tenemos la mente de Cristo*”. No se trata de alcanzar un nivel de perfección mental, sino de ser gobernados por los pensamientos de Cristo.

El Señor, en los días de Su carne, vivió desde una mente alineada con el Padre, desde una conciencia de Reino, desde una identidad segura. Y nosotros, como sus discípulos, somos llamados a vivir desde esa misma perspectiva: con la mente del Cordero, pero también con la autoridad del Rey.

Tener la mente de Cristo es mirar a las personas como Él las miraba; es pensar en los desafíos con la fe que Él manifestaba; es discernir las trampas del enemigo con la claridad que Él tenía. No se trata de repetir frases positivas,

sino de ser transformados en lo profundo, de manera que nuestros pensamientos reflejen el corazón de Dios. Y esto solo es posible si permanecemos en comunión con el Espíritu Santo, si meditamos en Su Palabra día y noche, y si dejamos que Él sea el arquitecto de nuestra nueva manera de pensar.

Vivimos en un mundo saturado de voces: redes sociales, medios, ideologías, opiniones, teorías, miedos, distracciones. En medio de ese ruido, solo la voz del Espíritu puede llevarnos a la renovación profunda. Necesitamos hacer silencio interno, apagar las frecuencias de este mundo y volvernos al susurro del cielo. Allí es donde la mente comienza a alinearse con el Reino, y donde los viejos paradigmas pierden su fuerza.

No hay verdadera libertad sin una renovación profunda del pensamiento. No basta con cambiar hábitos si no se transforman los pensamientos que los originan. No sirve cambiar de iglesia, de rutina o de ministerio si primero no se rinde el corazón y la mente al poder transformador de Cristo. La verdadera revolución comienza cuando nuestros pensamientos dejan de estar en esclavitud y comienzan a vivir bajo el gobierno de la verdad.

Hoy más que nunca, el Espíritu Santo está llamando a Su pueblo a renovar su mente, a dejar atrás los moldes viejos, los pensamientos estériles, los legalismos disfrazados de santidad, los temores camuflados de prudencia, los juicios que nacen del orgullo y no del discernimiento espiritual. Él nos invita a caminar con la mente de Cristo, con la visión del

Reino, con la libertad de los que han sido hechos nuevas criaturas.

Es tiempo de avanzar con una nueva mentalidad: no la de víctimas, sino la de hijos; no la de esclavos, sino la de herederos; no la de sobrevivientes, sino la de vencedores; no la de quienes viven limitados por el pasado, sino la de quienes son guiados por la visión eterna del Padre. Porque el que está en Cristo es una nueva criatura. Las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas... incluso la mente.

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Salmos 119:105

Ustedes han visto que en cada capítulo de este libro he mencionado en algún momento la importancia de la Palabra de Dios, porque es desde la impartición de la Palabra que el Espíritu Santo nos proporciona la revelación de la perfecta voluntad de Dios.

La mente humana es muy compleja y misteriosa; es un terreno fértil para ideas que pueden construirse o destruirse. En este laberinto de pensamientos, la Palabra de Dios es la luz que guía, la fuerza que transforma y la verdad que libera. Sin embargo, esta transformación no ocurre por simple deseo o esfuerzo humano; es un proceso divino donde la verdad, al ser recibida y aplicada, comienza a renovar cada rincón de nuestro pensamiento, derribando las fortalezas y paradigmas que antes nos limitaban.

Pensemos en la mente como un jardín. Si dejamos que crezcan las malas hierbas, pensamientos negativos, mentiras, paradigmas falsos, estas invaden y ahogan las semillas de la verdad. Pero cuando la Palabra de Dios se siembra con fe y se riega con la comunión diaria, comienza un proceso de cambio radical. Esa Palabra actúa como una lámpara, iluminando zonas oscuras, revelando raíces ocultas y trayendo claridad donde antes había confusión.

La renovación mental es más que una práctica intelectual; es un acto espiritual, porque implica un cambio en el modo de pensar que afecta toda nuestra vida. La renovación es la llave para salir de los paradigmas limitantes que hemos identificado, y un paso necesario para caminar en la libertad que Cristo nos ofrece.

El proceso de renovación es gradual y requiere constancia. No basta con leer la Biblia una vez o repetir versículos sin comprender su poder. La Palabra debe meditar, interiorizarse y aplicarse con una actitud abierta y obediente. Así como un rayo de sol penetra lentamente en un cuarto oscuro, la verdad va desplazando las sombras del error y la duda, hasta que la luz llena toda la habitación.

En la historia bíblica encontramos múltiples ejemplos de esta dinámica. El pueblo de Israel, fue llamado a recordar la Ley y a enseñarla día y noche a sus hijos (**Deuteronomio 6:6 y 7**). Esta repetición constante no era por rutina, sino porque la Palabra debía integrarse profundamente en mente y corazón para moldear su identidad como pueblo de Dios.

Cuando esta enseñanza se descuidaba, la nación se desviaba, cayendo en paradigmas paganos y perdiendo la conexión con la verdad.

La pregunta sería: ¿Si Dios les dio la estrategia para cambiar la mentalidad de esclavos, por qué fallaron? La respuesta es que el pueblo hebreo solo podía utilizar herramientas naturales, y está claro que, por más que las personas intenten cambiar con sus propias capacidades, no pueden. Israel es un gran ejemplo para nosotros, porque ellos vivieron en un pacto sin los beneficios que nosotros tenemos en Cristo.

La Biblia no nos muestra el ejemplo de Israel para que hagamos lo que ellos debieron hacer, sino para evidenciar que la forma en que ellos intentaron cambiar es inútil, insuficiente y puede hacer fracasar a toda una generación. Nosotros vivimos en Cristo, en Él nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**. Tenemos Su mente a través de Su precioso Espíritu Santo; contamos con una ventaja que el pueblo de Israel nunca tuvo. Hoy, en esta gracia gloriosa en la que vivimos, no tenemos excusa para no cambiar.

Diría que todo creyente actual debe actuar bajo las directivas recibidas por Israel, pero bajo la operación y supervisión del Espíritu Santo. Hoy debemos cultivar una profunda disciplina espiritual que vaya mucho más allá de simples reuniones dominicales, y de ciertos estudios teológicos que, sin la operación del Espíritu Santo, solo

terminarán llenándonos de nuevos paradigmas también limitantes.

Por su parte, la Biblia no es un libro para decorar la biblioteca, sino una herramienta para la renovación mental y la transformación vital. Es la base sólida donde podemos edificar una mente libre, que piensa según el Reino y no según las limitaciones del mundo.

Al renovar nuestra mente con la Palabra, también aprendemos a discernir los pensamientos que debemos desechar. Pablo habla de ***“llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo”*** (2 Corintios 10:5). Esto significa que no todo pensamiento que surge en nuestra mente es verdad o digno de confianza. La Palabra funciona como filtro y arma para confrontar esos pensamientos, discernir su origen y someterlos a la autoridad de Cristo.

Además, la Palabra nos revela quiénes somos en Cristo, lo que cambia radicalmente la forma en que pensamos de nosotros mismos. Paradigmas como “no valgo”, “no puedo”, “no merezco” son sustituidos por verdades poderosas como: “Soy un hijo amado”, “todo lo puedo en Cristo que me fortalece”, “he sido redimido y soy libre”. Esta transformación interna genera confianza, valor, esperanza y una nueva perspectiva ante los desafíos de la vida.

No menos importante es que la Palabra fortalece nuestra fe para enfrentar las pruebas y tentaciones que buscan reinstalar paradigmas limitantes. Cuando el enemigo viene

con dudas o miedos, la Escritura es el escudo que repele esos ataques. Jesús mismo usó la Palabra para resistir la tentación en el desierto (**Mateo 4**). Así, cada creyente está llamado a hacer lo mismo: armarse con la verdad y no dejarse vencer por pensamientos falsos.

Este proceso de renovación mental es, en definitiva, un camino de intimidad con Dios. A medida que meditamos más en Su Palabra, conocemos más su carácter, sus promesas y su amor. Esta revelación continua transforma no solo nuestra mente, sino también nuestra voluntad y emociones. Es una experiencia que involucra todo nuestro ser y nos capacita para vivir plenamente en libertad.

La Palabra se enciende en nuestros corazones a través de la predicación fiel, el estudio profundo y la vivencia comunitaria. La transformación mental no solo impacta lo individual, sino que también fortalece el cuerpo de Cristo, generando un ambiente donde la verdad puede expandirse y vencer toda mentira.

En definitiva, la Palabra de Dios es una herramienta fundamental para derribar paradigmas limitantes. Es la lámpara que alumbra nuestro caminar, la espada que corta las mentiras y el manantial que purifica nuestra mente. Solo a través de un compromiso constante con la verdad revelada podremos experimentar la verdadera libertad mental y espiritual que Dios desea para cada uno de sus hijos.

“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es don de Dios.”

Efesios 2:8

La fe es otro pilar inamovible sobre el cual se edifica toda la vida cristiana, y es otra llave que abre las puertas hacia la libertad espiritual y mental. Sin fe, la mente queda atrapada en paradigmas limitantes que impiden que el creyente alcance la plenitud para la cual fue creado. La fe liberadora es un regalo divino que transforma no solo nuestro entendimiento, sino también nuestro corazón y nuestras acciones, permitiéndonos vivir en un continuo estado de renovación y victoria.

Este tipo de fe no se basa en simples emociones o deseos humanos, ni en la suerte o las circunstancias cambiantes, sino en la firme confianza en el carácter eterno e inmutable de Dios. Es una fe que no vacila ante las dificultades, que permanece firme aun cuando el panorama parece adverso, porque reconoce que Dios es soberano, justo y fiel a sus promesas. La fe liberadora ve más allá de lo visible y abraza la realidad espiritual que sustenta toda existencia.

Los paradigmas limitantes que afectan nuestra mente a menudo surgen de una fe débil o mal fundamentada: una fe que duda, que se aferra al miedo, que se basa en lo que los sentidos perciben más que en la verdad revelada. Esta fe limitada no puede sostenerse cuando vienen las pruebas y termina siendo reemplazada por la ansiedad, la incredulidad

o el desánimo. Por eso, la fe liberadora es la que rompe las cadenas del miedo y la duda, porque actúa en obediencia, se alimenta de la Palabra de Dios y se fortalece en la comunión diaria con el Espíritu Santo.

Para cultivar esta fe transformadora es imprescindible sumergir la mente en la Palabra, no solo leyéndola, sino meditándola, memorizándola y permitiendo que sus promesas penetren profundamente en nuestro ser. La historia bíblica está llena de testimonios de hombres y mujeres que caminaron en fe, enfrentando adversidades aparentemente insuperables, pero que lograron la victoria porque confiaron en Dios más que en sus circunstancias.

Es vital reconocer que este proceso de transformación para la libertad, no es una carrera solitaria. Y esto es algo que también he remarcado en casi todos los capítulos de este libro; me refiero a la comunidad de fe, el consejo de maestros y líderes autorizados. Hoy en día hay demasiados hermanos que menosprecian la importancia de vivir bajo autoridad. Algunos hacen hincapié en su sacerdocio personal o dicen estar solo bajo la autoridad de Cristo, pero esto es un engaño de este presente siglo malo.

Es cierto que todos somos sacerdotes y que el Señor es nuestra máxima autoridad, pero el diseño del liderazgo de servicio y las funciones ministeriales provienen del mismo Señor. Los siervos de Dios no estamos para gobernar personas, sino para servir las, guiándolas conforme a los

diseños del Reino. Despreciar esto es muy peligroso para cualquiera, debemos tener mucho cuidado.

La comunidad de fe es un sostén indispensable para el crecimiento de una fe genuina y liberadora. Compartir testimonios, apoyarse mutuamente, orar en conjunto y caminar en unidad fortalece a cada creyente, ayudando a derribar paradigmas limitantes y a construir un ambiente de crecimiento y libertad espiritual.

La oración y la adoración también juegan un papel esencial. En la intimidad con Dios, el creyente encuentra la paz que sobrepasa todo entendimiento, recibe dirección para su vida y experimenta un fortalecimiento espiritual que renueva su mente y corazón. La adoración derriba muros invisibles, desarma fortalezas y crea un ambiente propicio para que la fe crezca y se manifieste en toda su plenitud.

Vivir en fe liberadora implica, además, soltar el control y entregarse completamente a la soberanía divina. Este acto de entrega nos libera de la ansiedad y la preocupación que tantas veces paralizan nuestro caminar. La mente que se rinde a Dios se llena de esperanza porque sabe que no está sola ni desamparada, sino acompañada por el Dios Todopoderoso que nos guía a cada paso.

Finalmente, la fe liberadora no es solo una experiencia interna, sino que se manifiesta en obras concretas: obedecer la voz de Dios, perseverar en medio de la adversidad, amar sin condiciones y servir con humildad. Es una fe activa que

transforma no solo al individuo, sino también su entorno, y que deja una huella imborrable en el Reino de Dios.

Amados hermanos, los paradigmas limitantes son como vitrales antiguos que pretenden filtrar la luz, pero que al final solo impiden ver el cielo abierto o recibir el sol. Derribar esos filtros humanistas es un acto de reverencia profunda a Dios. Es entender que Él no se encierra en estructuras humanas, que no se doblega a nuestros esquemas, y que nos invita, una y otra vez, a desandar caminos conocidos para redescubrir la frescura de Su voz.

La fe bíblica no es una colección de certezas blindadas, sino una travesía donde la verdad se va revelando al andar, donde cada paso de discernimiento abre nuevas puertas y donde incluso las preguntas se convierten en oración. Romper los paradigmas limitantes no es destruir la memoria, sino purificarla. Es dejar que el Espíritu vuelva a soplar sobre huesos secos, que lo esencial recupere su lugar, que el amor venza al formalismo y que la libertad del Reino se haga carne en nuestras prácticas cotidianas.

Porque allí donde el paradigma cede, la gracia fluye. Y cuando la fe deja de tener miedo de crecer, entonces comenzamos a evidenciar el Reino. Dios no tiene por qué entendernos, somos nosotros los que debemos elevarnos para entenderlo a Él y para pensar como Él piensa; solo entonces manifestaremos ser un pueblo sabio y entendido, tal como Él siempre ha pretendido (**Deuteronomio 4:6**).

“Dios dijo: Yo no pienso como piensan ustedes ni actúo como ustedes actúan. Mis pensamientos y mis acciones están muy por encima de lo que ustedes piensan y hacen: ¡están más altos que los cielos! Les juro que así es. Dios dijo: La lluvia y la nieve bajan del cielo, y no vuelven a subir sin antes mojar y alimentar la tierra. Así es como brotan las semillas y el trigo que comemos. Lo mismo pasa con mi palabra cuando sale de mis labios: no vuelve a mí sin antes cumplir mis órdenes, sin antes hacer lo que yo quiero...”
Isaías 55:8 al 11 BLS



CONCLUSIÓN FINAL

“Quien es sabio, que entienda estas cosas; quien es prudente, que las comprenda. Porque rectos son los caminos del Señor, y los justos andarán por ellos; pero los transgresores tropezarán en ellos.”

Oseas 14:9

Al concluir este recorrido por los paradigmas limitantes que han afectado nuestra mente y espíritu, es vital recordar que la verdadera libertad cristiana no consiste simplemente en la ausencia de obstáculos, sino en la transformación profunda y constante que Dios obra en nosotros al renovar nuestra mente y corazón.

Hemos explorado cómo esos muros invisibles, heredados de nuestras raíces, moldeados por nuestras experiencias y fortalecidos por el miedo, la culpa, el ego y la incredulidad, pueden encerrarnos en una prisión espiritual capaz de limitar nuestra fe y nuestra capacidad para vivir en la plenitud de Cristo.

Desde el principio de este libro, aprendimos que la renovación de la mente es la base fundamental para derribar esas barreras. No se trata solo de cambiar pensamientos superficiales, sino de permitir que la Palabra de Dios penetre profundamente en nuestro ser y transforme nuestro

entendimiento, moldeando una visión correcta de quiénes somos en Cristo y del propósito para el cual fuimos creados.

Reconocimos el peso que tienen los paradigmas heredados y las experiencias religiosas que muchas veces limitan nuestra fe, demostrando que no somos esclavos de nuestro pasado ni de las falsas imágenes o enseñanzas que nos han marcado.

Aprendimos a identificar la incredulidad disfrazada, ese enemigo silencioso que socava la confianza en Dios y en sus promesas, y comprendimos la importancia de confrontar el miedo disfrazado y la voz de la culpa que frenan nuestra marcha hacia la libertad.

También exploramos la necesidad de vencer el ego, ese imperio interno que intenta gobernar con orgullo y control, y que nos aleja de la humildad y la dependencia total en Dios. Entendimos cómo el legalismo, el victimismo y la ansiedad por el control se convierten en cadenas que entorpecen nuestra relación con Dios y con los demás, y cómo la dependencia de la opinión humana puede hacernos prisioneros del “qué dirán” en lugar de ser libres hijos de Dios.

Finalmente, llegamos al fundamento que sostiene toda verdadera libertad: la fe liberadora. Una fe que no se basa en emociones ni en circunstancias, sino en la confianza firme y perseverante en el carácter y las promesas de Dios. Una fe que, alimentada por la Palabra, la oración y la comunión

constante con el Espíritu Santo, nos impulsa a vivir sin paradigmas limitantes, en obediencia, amor y servicio.

Hemos visto la importancia de la comunidad de fe que nos rodea, la necesidad de un liderazgo sólido y enfocado correctamente, y el valor de una oración que no solo habla, sino que también escucha, contempla y recibe la voluntad de Dios. Así mismo, hemos analizado que toda transformación y entrega son, en última instancia, una expresión de adoración constante.

Este libro no solo ha sido un llamado a identificar y derribar esas barreras invisibles, sino una invitación a caminar en la plenitud de la libertad que Cristo ha conquistado para nosotros. Vivir sin paradigmas limitantes es posible porque el Espíritu Santo nos capacita, nos guía y nos fortalece para hacerlo.

Espero que cada enseñanza aquí compartida sea semilla en el corazón de todos los lectores, que germine y dé fruto en vidas transformadas, llenas de paz, gozo y propósito eterno. Que puedan vivir diariamente con la mente renovada, libres del miedo, la culpa, el ego y la incredulidad, caminando firmemente en la fe que nos salva y nos libera.

El camino no siempre será fácil, porque derribar paradigmas es una batalla espiritual constante. Pero recuerden que no estamos solos; Dios camina con nosotros cada día, Su gracia es suficiente, y Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. Por eso, con valentía y esperanza,

avancemos hacia la libertad completa, sabiendo que hemos sido llamados a ser hijos libres, llenos del Espíritu y testigos del Reino para los últimos tiempos.

“Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

Juan 17:17 al 23



Oración Final:

Señor amado, Padre de misericordia y fuente eterna de vida, te damos gracias por Tu amor inagotable y por la libertad que nos has concedido en Cristo Jesús. Te pedimos que renueves nuestra mente, corazón y el espíritu de todos quienes hemos recibido la instrucción sobre este tema. Que Tu Santo Espíritu derribe en nosotros todo paradigma limitante, toda cadena invisible que impida vivir conforme a Tu voluntad perfecta...

Concedenos Señor, la valentía para enfrentar el miedo, la humildad para vencer el ego, el perdón para liberarnos de la culpa y la fe firme que sostiene en medio de las pruebas. Que cada hermano, en cualquier lugar del mundo, pueda caminar en la plenitud de Cristo. Con la mente abierta a Tu verdad, y la voluntad dispuesta a obedecerte de corazón sincero y completamente entregados...

Señor, ayúdanos a ser luz en medio de las tinieblas, testigos fieles de Tu gracia y agentes de transformación en un mundo necesitado de esperanza. Que nuestra vida refleje la libertad que sólo Tú puedes dar, y que cada paso que demos sea para glorificar Tu nombre y manifestar Tu Reino.

En el nombre poderoso de Jesús, nuestro Salvador y Libertador, oramos y confiamos... Amén.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

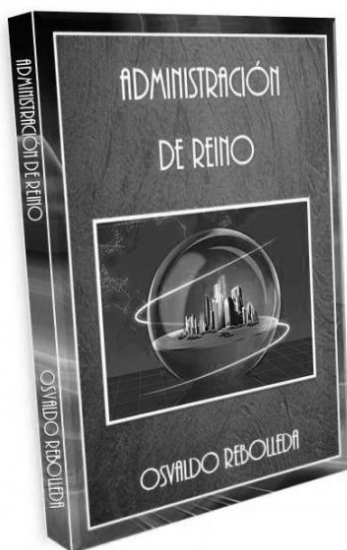
Doctorado Honoris Causa en Divinidades de

La Universidad teológica de Estados Unidos.

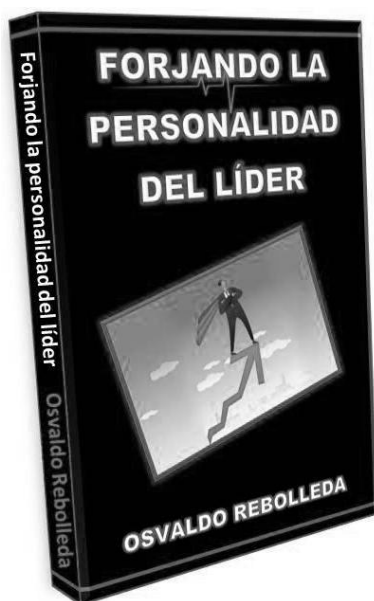
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

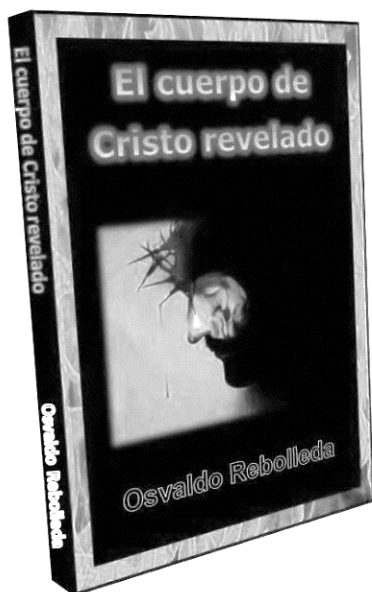
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

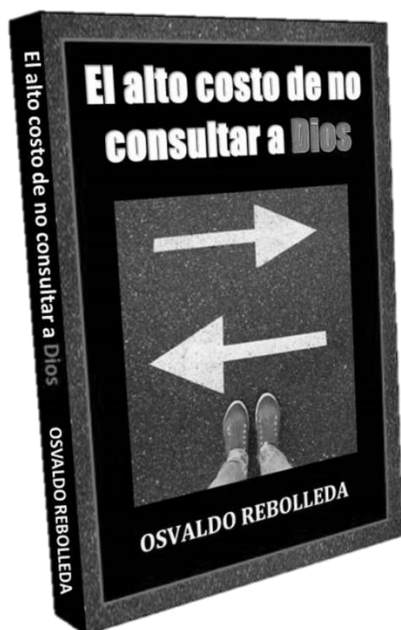


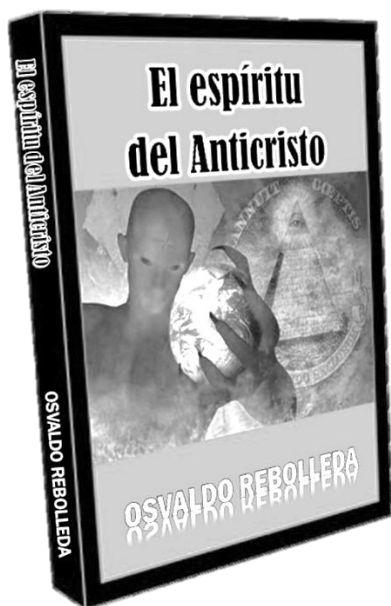
www.osvaldorebolleda.com



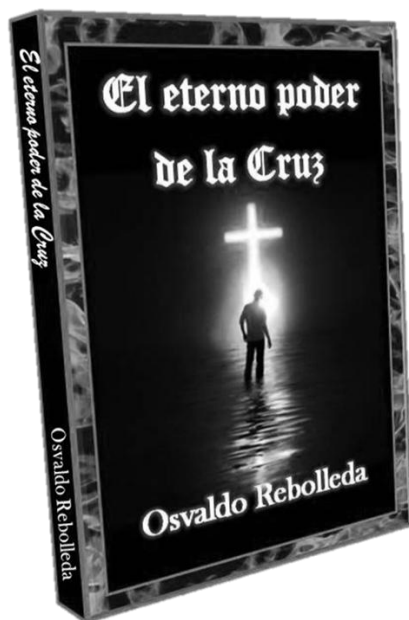
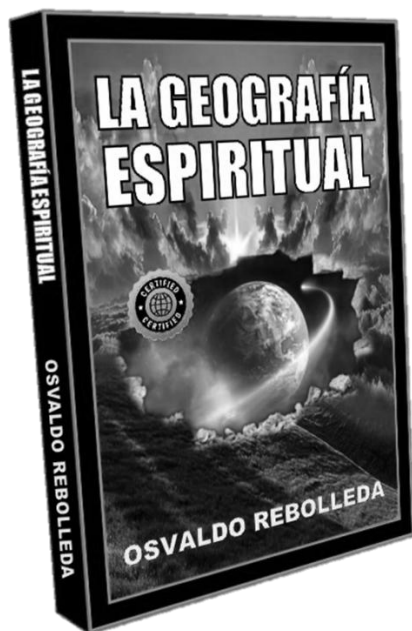


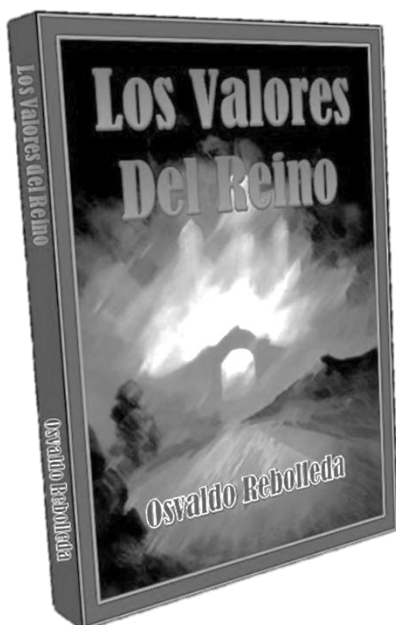
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

